

DUKE

y SUS CUARENTA
DETECTIVES

por

J. FIGUEROA
CAMPOS



Lectulandia

Quinta aventura de Duke, de J. Figueroa Campos, pseudónimo de José Mallorquí; trataba el género policiaco y de aventuras, presentando una curiosa mezcla del Jim Wallace, de Nick Carter, y de Doc Savage. Duke Straley, era un millonario neoyorquino, que dedicaba su ocio a resolver entuertos, ayudado, claro, por Elizabeth Straley, Bob Dennison, Susana Cortiz, Max Mehl y otros. El hecho de que el personaje fuera extranjero, y de que sus aventuras transcurrieran en los Estados Unidos, otorgaba cierto encanto que con otros héroes se había perdido.

Duke, en ese sentido, recuperaba el *glamour* de los anteriores héroes, supuso un chorro de aire fresco ante tanto héroe español. En sus persecuciones, empleaba un increíble coche de 120 caballos provisto de una estruendosa sirena que no tenía reparos en hacer sonar, pero, además, estaba surtido de toda clase de gadgets tecnológicos al más puro estilo James Bond. Evidentemente, tenía una novia, Susana Cortiz, y acabó desposándola en el último número de la serie, el décimo, pasando a dedicarle a su mujer, los ratos de ocio que antes empleaba para perseguir criminales, sectas orientales y científicos locos.

Lectulandia

J. Figueroa Campos

Duke y sus cuarenta detectives

Duke - 5

ePub r1.0

FLeCos 20.07.16

Título original: *Duke y sus cuarenta detectives*
J. Figueroa Campos, 1944

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

El *Kiichiro Maru* no honraba, precisamente, a la industria naval japonesa. Por lo menos no la honraba en lo que hacía referencia a su exterior. No era un barco bonito ni agradable. Estaba construido para resistir las monstruosas olas del Pacífico, cuando dicho océano dejaba de hacer honor a su nombre, y, por lo tanto, en los astilleros de donde salió se prescindió de toda belleza artística. Y en cuanto a comodidades, los japoneses abominan de ellas y en el *Kiichiro Maru* se superaron a sí mismos en ese respecto. Aquello no era un barco, sino un marítimo potro de tormento. Y para que nadie pudiera dudar de que, de habérselo propuesto, los constructores hubieran hecho algo infinitamente más hermoso, existía un camarote en cubierta que reunía todas las bellezas del Japón, desde la reproducción en laca del más famoso de sus volcanes hasta una deliciosa colección de árboles enanos plantados en macetas que parecían minúsculos jardines.

Cuando Betty Straley, convertida ya en la señora de Dennison, y su marido entraron en aquel camarote, después de recorrer el resto del horrible buque, tuvieron la impresión de cruzar el umbral de otro mundo. Aquello estaba tan reñido con lo demás, que costaba trabajo creer formase parte del mismo barco.

—Este es vuestro nido —sonrió Duke Straley, que acompañaba a la joven pareja—. Un marco ideal para el viaje de boda, ¿no?

Los novios reconocieron que lo era.

Mientras Isabel lo examinaba todo, detalle por detalle, Bob salió al puente a terminar la charla con Duke.

Habían transcurrido cinco días desde la muerte de Hiranuma y de la total solución del misterio de los «*Diez dragones de Confucio*». El *Kiichiro Maru* partía una hora más tarde hacia Puerto Lágrimas, donde Bob y su esposa disfrutarían de una luna de miel lejos de toda civilización.

—Te vas a quedar solo —se lamentó Bob—. Debías acompañarnos.

Duke movió negativamente la cabeza.

—No. Todavía pasaré unos días en San Francisco. La ciudad es terriblemente atractiva y no me decido a volver a Nueva York. Además, sus habitantes me son muy simpáticos. Debe de ser porque llevo sangre española en las venas y esto, al fin y al cabo, fue español y conserva mucho del primitivo carácter.

—Pero aquí no hay aventuras.

—Estoy un poco harto de ellas —replicó Duke—. La muerte de Hiranuma me impresionó mucho. Al fin y al cabo fue un valiente que se sacrificó por su causa. Nunca comprenderemos del todo a los japoneses.

—Yo ni siquiera he empezado a comprenderlos —replicó Bob—. Su sentido del honor es tan admirable que bordea lo monstruoso.

—Eso no. Es un sentido del honor total. El honor que nosotros conocemos y

practicamos tiene mucho de sintético. Cuando un japonés promete morir por una causa, no lo hace de labios afuera. Presta un juramento. Y eso es algo. Por ello, cuando llega el momento de morir, muere. Y nadie se asombra, pues todos saben que lo prometió. ¡Cuántos héroes conocemos nosotros que prometieron morir por tal o cual causa y... la causa se perdió, pero ellos viven! Hiranuma prometió triunfar o morir. Y como sólo triunfó a medias, murió.

—Sin tu ayuda quizá no hubiera logrado ni ese medio triunfo.

—Era hombre que no necesitaba ayudas. Quizá lo que le perdió fue el amor. Mala cosa es esa.

—A mí no me parece tan mala —protestó Bob.

—Es natural que a ti no te lo parezca; pero yo nunca querré saber nada de ella. Un hombre puede vivir sin amor.

—Antes viviría sin agua.

—No, del agua no se puede prescindir. Pero del amor...

—Puede que cuando volvamos de Puerto Lágrimas tú ya estés casado.

Duke echóse a reír.

—¡Yo casarme! ¡Bah! ¿Cómo andaría yo por el mundo llevando de remolque a una mujer?

—Hay mujeres que no son remolques, sino remolcadores. Betty...

—Betty no es una mujer como las demás. Es una Straley Pozoblanco. Reúne la mezcla de sangres más perfecta. No la compares.

—¿Recuerdas aquella vez, antes del caso de la fórmula Hanzer, cuando fuimos al Tibet en busca del jarrón, que la dejamos narcotizada en el yate de los Barrow?

Duke rió recordando el incidente.

—Los Barrow aún no se han repuesto del horror que Betty les produjo —replicó—. Aseguran que aún no se han explicado claramente si Betty era una mujer o un torbellino. Les destrozó todos los aparatos de navegación y los tuvo dos meses al garete en pleno Pacífico, hasta que, aun no saben cómo, dieron en Java en vez de dar, como deseaban, en Honolulu.

Los dos amigos rieron estrepitosamente. En aquel momento, el japonés que oficiaba de capitán del buque anunció que todo estaba listo para zarpar.

Duke volvió a entrar en el camarote, donde halló a su hermana probándose uno de esos incomparables kimonos japoneses, de recia seda natural, que había hallado en uno de los armarios. Los dos hermanos se abrazaron. Luego, Bob y Duke cambiaron un fuerte apretón. En seguida los tres fueron juntos hasta la escala del barco y Duke descendió al muelle, donde permaneció durante la hora en que el *Kiichiro Maru* tardó en desatracar y perderse hacia la Puerta de Oro.

Cuando el transporte se hubo perdido entre la niebla, Duke dirigióse hacia una de las calles que daban al puerto.

—Buenos días, señor Straley —saludó una voz de mujer.

Frunciendo el entrecejo, Duke buscó el origen de la voz y lo halló en la muchacha

más encantadora que había visto en su vida. Era morena, de cabello negro y brillante como la antracita, de ojos que se podían comparar con el azabache, de dientes que recordaban el nácar y de labios que eran como claveles rojos. Su figura merecía ser inmortalizada por cualquiera de los grandes escultores helénicos.

Dándose cuenta de que estaba más interesado en contemplar aquel rostro y aquel cuerpo que por lo anormal de la interpelación, Duke hizo un esfuerzo, borró la expresión de su rostro y preguntó:

—¿Decía usted algo, señorita...?

—Cortiz. Me llamo Cortiz. Todos mis amigos me llaman Susana, o Susan.

—Encantado, señorita Cortiz.

—¿De veras? —Sonrió la joven, cuyo rostro tenía esa viveza que es patrimonio de las razas latinas y, especialmente, de la española.

—Se lo aseguro —replicó Duke, algo turbado por la forma de hablar de la joven.

—Entonces no le importa acompañarme, ¿verdad?

—Pues...

—Le aseguro que me sentiré muy herida si rechaza mi compañía. Mis padres siempre me han asegurado que no puedo dirigirme así a los hombres; pero yo odio los rodeos. Me gusta ir directa al fin.

—Sí, es un buen sistema —sonrió Duke—. ¿Y... en qué puedo servirla?

—En mucho. Si no le necesitara le aseguro que no le hubiese llamado.

—¿Sabía que estaba aquí?

—Sí. Leí algo de lo que ocurrió hace unos días con cierto señor Barton, en cuyo violento fallecimiento tuvo usted que ver más de lo que se ha dicho. Luego, al saber que su hermana embarcaba hoy para su viaje de bodas, pensé que el mejor sitio para encontrar al señor Straley era este muelle.

—Lo ha acertado. Es usted buena detective.

Susana Cortiz hizo un gesto de mal humor.

—¡Ojalá lo fuese! —exclamó—. Si fuera capaz de ser una buena detective, no le hubiese venido a ver.

—¿Qué le ocurre?

—Mi historia es muy triste. Tengo veinticinco años...

—Mentira —interrumpió Duke, echando a andar junto a la muchacha—. Si empieza contándome mentiras, no querré escucharla.

—¿Represento más? —preguntó Susana Cortiz.

—Representa dieciséis; pero tiene unos veintidós. ¿Por qué miente?

—Porque he tenido que mentir desde que nací. Soy muy inteligente... de verdad. Si fuera tonta, lo reconocería.

—Dicen que el creerse sabio es una muestra de que se es tonto.

—Más tonto es creerse sabio y decir que se es algo ignorante.

—Es cierto. Quedamos, pues, en que es usted inteligente. ¿Puede darme alguna muestra de su inteligencia?

—Tengo el título de abogado. Por eso digo que tengo veinticinco años.

—¿Tiene veintidós?

—Sí.

—¿Puede enseñarme el título de abogado?

—Tengo el carnet. ¿Por qué?

Mientras hablaba, la joven abrió el monedero que, como cartera de cobrador, colgaba de su hombro izquierdo y de él sacó un carnet que tendió a Duke. Éste, antes de tomarlo, se fijó en el revólver de gran calibre y corto cañón que ocupaba un espacio del monedero de la joven. Luego examinó el carnet de abogado, según el cual Isabel Cortiz Graham habíase licenciado en leyes dos meses antes en la Universidad de Berkeley y, por lo tanto, podía ejercer su profesión, libremente, en el Estado de California.

—La felicito —replicó devolviendo el carnet—. No es corriente que una mujer obtenga ese título tan pronto.

—Yo no soy una mujer corriente. Pero tampoco soy una buena abogado.

—¿De veras?

—Sí. Me falta práctica, y como soy muy decidida...

Duke estuvo a punto de expresar su conformidad respecto a eso.

—Sí, nunca me he detenido ante ningún obstáculo. Me hice ayudar por unas amigas, que se examinaron en mi lugar y obtuve el título de bachiller en dos años. Luego estudié leyes y... en tres años me doctoré.

—¿Ayudada por sus amigas?

—Sí. Yo estudié sólo la última asignatura y salí muy bien del examen.

—Y ahora, con su audacia, se ha encargado la defensa de alguien a quien está ya viendo en la cámara letal del presidio de San Quintín.

Susana inclinó la cabeza, y haciendo un mohín que Duke encontró sumamente delicioso, declaró:

—Sí, temo que ocurra eso. Julie Givens ha creído que yo podía defenderla.

—¿Quién es Julie Givens?

—Es la mujer que, según afirman los periódicos y la Policía, ha asesinado a Terrence Pellton, el hijo del multimillonario Samuel Pellton.

—Algo he leído esta mañana —admitió Duke.

—Los periódicos vienen llenos con la noticia, aunque el viejo Pellton está haciendo lo imposible para que no se hable del asunto. Julie, que me conoce de cuando yo era niña, ha pedido que la defienda.

—¿Y usted ha aceptado?

De nuevo la muchacha inclinó la cabeza.

—Sí. No he tenido valor para decirle que mi título de abogado no es más que un adorno.

—Pero va a tener el valor suficiente para que esa pobre mujer sea condenada a muerte a causa de su incapacidad como defensora.

—Sí, creo que voy a tener ese valor. Pero si usted me ayuda...

—Tengo estudios de leyes; pero no soy, precisamente, abogado —advirtió Duke—. Ni siquiera podría presentarme en el tribunal. No tengo título para ello.

—Yo creo tener otra solución —murmuró Susana Cortiz.

—¿Será ese su primer caso? —preguntó Duke.

—Será el primero de asesinato. Hace diez días defendí a un hombre que había comprado un reloj de oro con un cheque falso. Luego quiso vender el reloj y lo detuvieron...

—¿A cuánto lo condenaron?

—A nada, señor Straley. El jurado estaba formado por hombres. Cuando el fiscal hubo terminado de convencerles de que mi defendido era un delincuente y no sé cuantas cosas más, yo me encaré con ellos y sonriéndoles así —Susana reprodujo la sonrisa— les dije, poco más o menos: *«El señor fiscal les ha demostrado tan bien que mi cliente es culpable, que yo no deseo retrasarles la cena tratando de rebatir lo que opina mi colega. Por lo tanto, les ruego que se retiren a deliberar y que decidan bien de prisa que mi defendido es inocente. Si su fallo es de no culpabilidad, les quedaré eternamente agradecida»*. Y les repetí la sonrisa. El fiscal protestó, el juez me amonestó por emplear semejante lenguaje y yo le pregunté si debía haber pedido al jurado que declarase culpable a mi defendido. El juez contestó que debía yo haber empleado otras palabras. Yo afirmé que estaba segura de que las mías eran más claras que las del señor fiscal y que, al fin y al cabo, no veía la necesidad de emplear tanta fraseología cuando el veredicto no sumaría, en junto, más de quince palabras. Al fin y al cabo tanto daba que condenasen al acusado por las diez mil quinientas doce pronunciadas por el señor fiscal; como podría comprobarse si el taquígrafo que había tomado su informe las contaba, como que lo perdonaran por mi breve parlamento. El jurado se retiró riendo casi a carcajadas, y el acusado fue declarado no culpable. Al cabo de dos días me envió este reloj de platino. Supongo que debe de proceder de alguna compra con cheque sin fondos; pero nadie me obliga a sospechar de la honradez de mis clientes, ¿verdad?

—Claro que no —rió Duke—. ¿Y no cree, después de ese éxito, triunfar igualmente en su segundo caso?

—El robar un reloj no es tan grave como el disparar contra un hombre y enviarlo al otro mundo. Además, puede que en el jurado figuren unas cuantas mujeres viejas y, no sé por qué, todas las mujeres mayores de veinticinco años sienten una antipatía profunda contra mí.

—¿Y de qué clase debería ser mi ayuda? —preguntó Duke.

—Quisiera que me ayudara a descubrir al verdadero asesino.

—¿No es su defendida?

—No lo sé —replicó Susana—. Pero si pudiéramos encontrar otro que pareciera más culpable... a ella la pondrían en libertad.

—¿Quiere que condenen a un inocente para sacar libre a una culpable?

—Es mi cliente —replicó, con encantadora sencillez, Susana.

—Quizá si me explicara el caso... ¿Quién es Julie Givens?

—Una mujer terrible. Tiene un pasado... espantoso.

—¿A cuántos hombres ha matado? —sonrió Duke.

—Terrence Pellton es el primero; pero antes...

Susana inclinó la cabeza y explicó:

—Una joven de veintidós años no debe decir lo que es la señorita Givens. Ha sido todo lo contrario de una mujer decente.

—¿Ha sido?

—Sí. Ya no puede ser lo que fue porque está muy envejecida. Es fea y, por lo tanto, ahora es honesta.

—Pero tiene un pasado...

—Sí, eso es lo malo. Se dice que si mató o hizo matar a no se quién. Se la acusa de haber robado dinero. Sin embargo, como no existen pruebas de ninguno de esos viejos delitos, ella estaba libre; pero cuando el fiscal empiece a sacar los trapos sucios de Julie Givens... ¡Estoy segura de que la condenan!

Habían llegado a los barrios más míseros de la gran ciudad. Por el arroyo corría y jugaba la chiquillería. Señalando un bar que debía de ser frecuentado exclusivamente por marineros, Duke propuso:

—¿Quiere que tomemos algo ahí? Sentados podrá explicarme mejor sus apuros.

—¿Está dispuesto a ayudarme? —preguntó Susana.

—Depende de si logra convencerme o no.

—Procuraré convencerle —sonrió Susana, mientras se sentaba frente a un agrietado velador de mármol.

Duke encargó unas *Coca-Colas*, y mientras esperaba que los sirviesen, siguió con la mirada los correteos del grupo de chiquillos, del que formaba parte uno de esos perros de raza indefinida que, como los malos combinados, acusan todas las mezclas alcohólicas, sin llegar a tener un sabor o aspecto único. Aquel perro se parecía a cien mil perros, y de parecerse a tantos, casi no parecía perro. Más bien recordaba al cruce de una oveja con un caballo.

—El caso es, en apariencia, muy sencillo —dijo Susana, cuando el camarero, después de servir los refrescos, se hubo retirado—. Lo malo de él es, precisamente, su sencillez. Si fuera más complicado... Julie Givens dice que recibió una carta de Terrence Pellton, en la cual le pedía que, sin decirlo a nadie, fuese a San Bruno y se presentara como la señora Morrison. El joven Terrence Pellton iría allí antes que ella y se inscribiría en el campo de turismo de la *Texaco*, como el señor James Morrison. En la carta le decía que necesitaba hablarle de un asunto muy importante. Le aconsejaba que destruyera la carta a fin de que nadie la hallase, pues en tal caso su vida correría peligro. Julie Givens obedeció esas instrucciones, porque Terrence Pellton le prometía quinientos dólares por su trabajo. Llegó al campo de turismo, se presentó en la gerencia como la señora de Morrison, y allí le informaron que su

marido ocupaba la caseta número ciento veinte. Julie Givens dirigióse a dicha caseta, encontró la puerta abierta, entró y vio en el suelo a un hombre muerto. Junto a él se hallaba un revólver. Julie Givens cometió la torpeza de coger el revólver y de soltarlo en seguida al notar que aun estaba caliente, luego, llena de miedo, huyó de la caseta, pero no sin dejarla llena de huellas dactilares. La Policía llegó ayer por la mañana, advertida por la gerencia del campo, y no tardó ni dos horas en meter en la cárcel a Julie Givens, acusada del asesinato de Terrence Pellton. El padre de la víctima ofreció en seguida veinticinco mil dólares a quienes descubrieran al asesino. Los policías no necesitaban mejor acicate y trabajaron como rayos. Creo que ya han cobrado la recompensa.

—La defensa de Julie parece difícil.

Sí, señor Straley. Es la más difícil que existe actualmente. Y yo he cargado con la responsabilidad de lo que le ocurra a esa pobre mujer. Todos los abogados dicen que es culpable y la van a juzgar a toda prisa. Samuel Pellton quiere que todo el peso de la Ley caiga sobre ella. Y lo conseguirá. Para eso le sobran millones.

—¿Y qué dice Julie Givens?

—Sólo ha tenido tiempo de jurarme que es inocente. Aunque no lo fuese diría lo mismo. ¿Verdad?

—Creo que sí.

Susana Cortiz contempló, pensativa, las burbujas de aire que ascendían desde el fondo de su vaso.

—Debería usted hablar con ella —siguió Duke al cabo de un momento—. Si la ve muy culpable es preferible que descargue sobre otros hombros el peso de ese trabajo. ¿Por qué no va a interrogarla ahora?

—¿Me acompañará usted?

—Puedo aguardarla aquí. No tengo nada urgente que hacer. Jugaré con esos chiquillos. En Nueva York no puedo hacerlo, pues todos me conocen.

En aquel momento la alegría de los pequeños se vio rota por una odiada y temida aparición. Fue un ataque traicionero, por sorpresa, con todas las agravantes que la Ley puede encontrar; pero, desgraciadamente para los chiquillos, dichas agravantes que la Ley señala, no rezaban con el autor del ataque, pues, representaba, nada menos, que a la misma Ley.

Un grito de terror brotó de dos o tres gargantas infantiles cuando el hombre avanzó hacia el chuchó que jugaba con los niños.

—¡El recogedor de perros!

Efectivamente, se trataba del benemérito funcionario municipal encargado de la recogida de perros vagabundos o sin licencia o que anduviesen sueltos. Traía en la mano una gran red como las de cazar mariposas, y en un santiamén, tuvo dentro de ella al animalito, que empezó a dar unos aullidos de muerte, mientras los muchachos contemplaban mudos de asombro, la escena. Al fin, cuándo el perrero se dirigía al automóvil, en cuyo interior se agitaban cierto número de canes de características

parecidas a las del cazado últimamente, el muchacho que debía de ser propietario del bicho, corrió hacia el hombre y quiso cerrarle el paso, pidiendo:

—¡Por favor, señor, devuélvame el perro!

El hombre, que no tenía nada de suave y que por eso había sido elegido para semejante tarea, apartó de un empujón al muchacho, gruñendo:

—¡Así aprenderás a no tener sueltos a los perros y, además, a pagar la licencia!

—¡Es que somos muy pobres...!

El perrero no hacía caso y continuaba su camino hacia el automóvil, donde los otros perros acogían con fúnebres aullidos la prisión de su compañero de raza.

—Señor... le daré medio dólar que me dio mi abuela...

—¡Sal de aquí!

—¡Por lo que más quiera, señor! Le daremos un dólar. Deje a Tom. Es un perro muy bueno. No muerde a nadie...

—¡Apártate! —rugió el perrero, volviendo a empujar al chiquillo.

Éste, que debía de tener unos trece o catorce años, reaccionó, de pronto, con inesperada violencia. Con toda la fuerza que pudo poner detrás del zapatón que calzaba su pie derecho, lo lanzó contra la espinilla izquierda del cazador de perros, quien lanzó un aullido que fue coreado por todos los canes encerrados en el auto.

Mas a pesar del aullido y del dolor, el hombre no soltó a Tom y, en cambio, con la mano que le quedaba libre descargó una feroz bofetada contra el muchacho, al que derribó por tierra, sangrando por la nariz.

Era indudable que el gigante vencía a los pobres enanos. La victoria quedaba suya y ya nada se interponía entre Tom y la cámara letal.

De súbito, las perdidas esperanzas renacieron. Un aliado acababa de surgir. Era otro gigante; pero de los buenos. Se llamaba Duke Straley y una décima de segundo le bastó para estampar el sello de su puño derecho en el ojo izquierdo del cazador de perros.

La lucha entre el bueno y el malo terminó con ventaja para el primero. El segundo se encontró en el suelo viendo estrellas y planetas y, más tarde, a Tom, que era libertado de las mallas de la red y, detrás de él, todos los otros perros que iban dentro del auto.

El vencido «*gigante*» no se atrevió a expresar su desaprobación. Le ardía demasiado el ojo izquierdo y veía las cosas demasiado confusamente. Además... aquel loco tenía los puños demasiado fuertes.

Por eso, cuando Duke se inclinó hacia él, después que la algarabía de ladridos se hubo alejado, el «*gigante malo*» tuvo la seguridad de que iba a ser devorado. No obstante, las intenciones de Duke eran otras. No pensaba devorar a nadie. Por el contrario, sacando un billete de cincuenta dólares lo paseó ante el ojo sano del vencido cazador.

—¿Le gusta? —preguntó.

—¡Hum! —Gruñó el hombre.

—Puedo dárselo para pagar los daños y perjuicios que le he causado...

El hombre se levantó. El tono de Duke le gustaba. El muy canalla empezaba a arrepentirse de lo que había hecho. ¡Pegarle a un funcionario municipal! ¡Semejante ofensa se pagaba, al menos, con la horca o el gas! ¡Claro que sí! ¡Ya le enseñaría él!

—¡Avisaré a la Policía...! —empezó.

—Cuando llegue la Policía usted se hallará muerto —aseguró, fríamente, Duke—. ¿Quiere los cincuenta dólares? No creo que por un ojo de los suyos se pueda pedir más. Todo usted no vale ni diez.

—¡Le llevaré ante el juez y le exigiré diez mil por daños y perjuicios!

Fue Susana Cortiz quien respondió a esta amenaza. La joven se había acercado, muy divertida, y declaró:

—Creo que el señor tiene razón, amigo Straley. Tiene usted que darle, por lo menos diez mil dólares. Así, con sólo otros quince mil y un par de años de cárcel, amén de perder el empleo de que actualmente disfruta, podrá pagar la indemnización que se le exigirá por haber abofeteado salvajemente al niño, que en estos momentos se encuentra bañado en sangre.

—¡Eh! —El cazador de perros consiguió abrir el ojo del puñetazo—. ¿Qué dice usted? ¿Quién es?

—Licenciada en leyes o, si lo prefiere, le diré que tengo el título de abogado y que será para mí un placer llevarle ante un tribunal, que le condenará a todo cuanto he dicho. Veinticinco mil dólares al niño y dos años de cárcel para que sirva de ejemplo a los bestias como usted. Y, además, no se haga ninguna ilusión de que al señor Straley le ocurra nada. Ha obrado en defensa de un niño desvalido, y no tiene ninguna culpa de que aprovechando la confusión, alguien haya puesto en libertad a los perros. Por lo tanto...

—Está bien, deme los cincuenta dólares y perdone el puñetazo que me he dejado pegar —refunfuñó el hombre.

—Vaya —sonrió Duke—. Nunca hubiera esperado de usted semejante rasgo de humor. En adelante procure no pasar por esta calle y, si tiene que pasar, procure no ver a ningún perro. Están bajo mi protección.

El hombre recogió la red, cerró las enrejadas puertas del camión y sentándose al volante se alejó de allí, en tanto que los «*buenos*» celebraban con horribles gritos el triunfo de Duke.

—Veo que está muy enterada de las leyes municipales —aprobó Duke.

Susana se echó a reír.

—No lo crea. Tengo la horrible sospecha de que todo cuanto he dicho no era mas que una sarta de mentiras y fantasías. Pero como él no lo sabía y, además, es un bestia...

—Pues tiene usted un modo de hablar tan convincente que hasta yo he creído que decía la verdad —sonrió Duke—. Sospecho que llegará usted muy lejos en los Tribunales.

—A ellos voy en seguida —replicó Susana—. Le dejo aquí, entre estos guardianes. Entretanto, yo hablaré con Julie.

—No se aleje demasiado.

Luego, volvióse hacia los muchachos y anunció, con la peor de las intenciones:

—¿Sabéis quién es este caballero?

Para todos los muchachos era sólo un héroe capaz de poderle al perrero... pero un héroe sin nombre aun.

—Es Duke Straley —terminó Susana.

En seguida se apartó a un lado y dejó a Duke en el centro de un corro de chiquillos dispuestos a dejarse aplastar antes que permitir que su héroe, ya bautizado, escapara.

—Hasta luego, señor Straley —se despidió la joven—. Estoy segura de que no me abandonará.

Alejóse apresuradamente, y la clara mancha de su abrigo de entretiempo desapareció un momento después por la esquina.

Duke quedó indeciso unos minutos, algo turbado por las ansiosas miradas fijas en él. Estaba rodeado de muchachos mal vestidos, muchos de ellos con cara de hambre; pero todos poseedores de unos ojos llenos de admiración hacia el héroe de tantas aventuras, cuya fama había llenado los confines de la nación. Por fin, para romper aquella estática admiración, propuso:

—¿Y si fuésemos a comer unos pasteles? ¿Existe alguna pastelería por aquí?

* * *

El señor Eulogio Zubiaga, noventa y cuatro años bien cumplidos y mejor conservados, veterano del San Francisco heroico, cuando para llegar a él era necesario jugarse el cuero cabelludo, despertó bruscamente y olvidándose de que vivía en pleno siglo veinte dio un brinco para correr en busca de su rifle, a fin de defenderse contra los pieles rojas que cargaban arrolladoramente contra él. A mitad de camino se detuvo y meditó que no era probable que los indios anduviesen por las calles de San Francisco cazando rostros pálidos. Sin embargo, aquel griterío era idéntico al que escucharon sus oídos la noche en que su campamento fue asaltado... Dejó tranquilo el viejo rifle y asomóse a la ventana, desde la cual vio como un joven elegantemente vestido marchaba entre una legión de desarrapados mozalbetes que chillaban, cantaban y danzaban a su alrededor, acompañados por los ladridos de un perro que más parecía el monstruoso engendro de una pesadilla.

El señor Eulogio Zubiaga, cuyo biznieto figuraba entre la tropa de feroces indios que seguían a Duke, volvió a sentarse en la vieja mecedora de donde le había arrancado el griterío de los muchachos.

Capítulo 2

A las cuatro de la tarde, Susana Cortiz abandonó el preventorio, después de haber interrogado largamente a Julie Givens. No esperaba encontrar a Duke, de quien se había separado casi seis horas antes. Y lo lamentaba de veras, pues se daba cuenta de que la ayuda del famoso aventurero e investigador le iba a ser muy necesaria.

Julie Givens insistía en su declaración de que había recibido una carta de Terrence Pellton en la cual se la citaba en San Bruno, en el parque de la Texaco, prometiéndole, de acudir, un premio de quinientos dólares. Ignoraba la causa por la cual el joven Pellton podía necesitarla. Insistía en afirmar que no le conocía ni tenía motivo alguno para matarlo.

Todo esto, Susana lo comprendía, no iba a servirle de nada para probar la inocencia de Julie Givens.

—Todos la creerán culpable —se decía—. Y, no obstante, estoy casi segura de que no lo es. Presiento la inocencia de esa mujer.

Pero con presentimiento sólo no iba a imponerse al jurado. El Tribunal exigiría algo más que el simple convencimiento del abogado. Hacían falta pruebas, y hasta entonces todas las pruebas estaban contra Julie. Sus huellas dactilares aparecían por toda la caseta. Además, había dado un nombre falso, había huido sin avisar a la Policía y tenía un pasado que por sí solo justificaba diez asesinatos.

—No hay duda de que me la condenan —musitó Susana, mientras corría hacia la calle donde había dejado a Duke.

No había comido y empezaba a sentir casi hambre; pero no podía entretenerse si quería conservar alguna esperanza de hallar a Duke.

Éste era su única esperanza. ¿Por qué había pensado en él? Susana lo ignoraba. Sólo recordaba que, sin saber cómo, pensó: «*Duke Straley podría probar la inocencia de Julie Givens*», y obedeciendo a aquella súbita inspiración, partió a la busca y captura del famoso aventurero millonario. ¿Otros motivos? No, indudablemente no existían. Ciertamente Duke era un hombre atractivo y que ella había tenido desde años antes, la infantil manía de coleccionar las fotos que los periódicos publicaban del famoso Duke Straley Pozoblanco, a quien en aquella lejana época, sólo en aquella lejana época, consideraba como el hombre ideal. Pero ahora ya no pensaba en él como novio o marido. Seguramente Duke tendría algún amor en Nueva York.

Pero, no, no debía de tenerlo, puesto que ella había seguido muy de cerca la vida y milagros de aquel hombre. Y si hubiese existido una mujer... No; Duke era demasiado famoso para que semejante acontecimiento no fuera publicado al momento por todos los diarios y revistas.

Y si no existía la novia que lo retuviera con sus amorosos lazos... la esperanza quedaba en pie... y como Duke no se había mostrado hosco ni ofendido por la audacia de Susana...

Si la había esperado y estaba dispuesto a ayudarla... Si hacía eso, es que estaba enamorado. Y si estaba enamorado, aunque sólo fuera un poco, Susana no tendría dificultad en ganar su corazón. Hasta entonces el ganar los corazones masculinos le había resultado muy fácil.

Iba casi corriendo y varias veces, abstraída en sus pensamientos, tropezó con algunos transeúntes. Los hombres se quedaban sin habla y de buena gana hubieran dado marcha atrás para ser atropellados de nuevo. En cambio, las mujeres la insultaban con mayor o menor educación, pero con idéntico odio.

Cuando llegó a la calle donde había dejado a Duke, la vio completamente vacía. Sólo estaba llena de sol.

—¡Se ha marchado! —musitó, invadida por una abrumadora pesadumbre.

Sentíase como la lechera de la fábula cuando, al caer el jarro de leche, se hicieron pedazos todos sus sueños y fantasías.

Lentamente acercóse a una tienda donde vendían pasteles y caramelos. Estaba tan vacía que Susana pensó que una legión de niños la debía de haber tomado al asalto.

En cuanto se le ocurrió esta idea, vio el cielo abierto y entró en la tienda.

—Perdone —dijo, dirigiéndose al propietario, cuya cara de pascuas era un claro indicio de que los negocios marchaban bien—. ¿Ha visto a un caballero que iba con unos niños...?

—Seguro, señorita —replicó el comerciante—. Hace una hora salieron de aquí llevándose todo el género que tenía almacenado. Cinco mil dólares de caramelos, pasteles y helados. Yo no sé lo que les pasará a esos chiquillos; pero no puede ocurrirles nada bueno. Cada uno ha comido lo que ha querido y, además, han cargado con bolsas llenas de dulces. Por lo menos se han llevado cinco kilos cada uno. Ese hombre está loco. Pero ha pagado con dinero bueno y yo no...

—Tiene usted mucha razón —interrumpió Susana—. Pero ¿sabe adónde ha ido ese señor?

—No lo sé; pero me pareció oír que proponía a los muchachos comprarles a cada uno un equipo de vaquero del Oeste, con revólver y carabina, inclusive. Todos los chicos del barrio juegan a los *Tres Hombres Buenos*, pero lo hacen sin el equipo adecuado. Samuel Leví, el judío de la esquina, tiene un saldo de trajes de esos y yo le dije al señor que allí podría encontrarlos. Sospecho que estarán allí.

Mientras hablaba, el confitero señalaba el lugar donde se hallaba la tienda del judío. Después de darle las gracias, Susana se dirigió hacia allí.

Unos metros antes de llegar a la tienda, empezó a oír los alaridos de los muchachos. Cuando abrió la puerta de sucios cristales que se interponía entre la calle y el antro de Samuel Leví, Susana comprendió lo que debía de ser San Francisco cuando los hombres se saludaban a tiros en sus calles y se mataban tranquilamente en sus tabernas.

Unos cuarenta chiquillos estaban repartidos por la penumbrosa tienda, que olía a telas y a polvo. Unos estaban subidos en los mostradores, otros saltaban a la comba,

otros chillaban, y Samuel Leví lograba el milagro, a pesar de tener sólo dos ojos, de no perder de vista ni a uno de los arrapiezos.

Éstos iban vestidos con camisas de franela a cuadros, se cubrían con anchos sombreros tejanos o mejicanos, y calzaban botas también tejanas, además de lucir algunos por primera vez en su vida, pantalones nuevos.

Años antes el judío había adquirido por unos pocos dólares todo el equipo teatral de una compañía infantil. Lo hizo con la esperanza de podérselo vender a la chiquillería del barrio; pero aquella chiquillería nunca tenía, en conjunto, más de un dólar, y con semejante capital no se podía comprar ni una bota. Pero ahora no se arrepentía de la espera, ya que ésta le estaba permitiendo ganar el setecientos por ciento en aquellas prendas.

Duke, sentado en un mostrador, examinaba un viejo Colt del 45, modelo, fronterizo, que Samuel Leví le había, entregado.

—Es de Billy el Niño —aseguraba el descendiente de Moisés—. Lo compré hace mucho tiempo esperando que a alguien le interesase adquirirlo. Vea las iniciales «W. B.», William Bonney. Este revólver debe de haber matado a más de un hombre.

Duke hizo girar el arma en su mano, deteniéndola de cuando en cuando por la culata.

—¿Tiene munición? —preguntó.

Samuel Leví sacó una caja de cartuchos del 45. Duke volvió a examinar el revólver y, por fin, anunció:

—Me lo quedo. Muchas gracias.

Samuel fue a advertir que aquel revólver tenía un precio; pero recordando el setecientos por ciento, decidió que el precio estaba sobradamente pagado.

Duke cargó el arma y la guardó en un bolsillo interior en el momento en que Susana entraba en la tienda.

—Buenas tardes, mi querida abogado —saludó Duke.

La joven fue hacia él y declaró con turbadora sonrisa:

—¡No sabe el miedo que he tenido de que usted se marchara!

Duke replicó con otra sonrisa, y observando que cada chiquillo estaba ya convenientemente equipado de pies a cabeza, sacó su libro de cheques de turismo y empezó a firmarlos. Todos eran de a cien dólares. Cuarenta y cinco de ellos sirvieron para pagar lo que se llevaban los chiquillos.

Duke saludó a Leví, y cogiendo del brazo a Susana, que se estremeció como si la hubieran rozado con un bloque de hielo, fue hacia la puerta, seguido y precedido por los entusiasmados muchachos.

—¿Cómo ha ido la entrevista? —preguntó.

—Mal. Insiste en que es inocente y no me da ningún detalle que valga nada.

Un mozalbete, con el rostro convertido en una enorme peca, tiró del brazo a Duke.

—Acuérdese de mi perro —pidió.

—No me olvido —sonrió Duke. —Esta señorita os ayudará. Que nos acompañe una comisión, y, mientras tomamos el té, explicaremos a esta señorita, que es amiga del alcalde, lo que os ha ocurrido con vuestro perro.

Volviéndose hacia Susana, Duke aclaró:

—Se trata de un feroz atropello. Tenemos que descubrir al culpable...

—Señor Straley, creo que es más importante mi cliente...

Duke movió negativamente la cabeza.

—No, es más importante el perro. Tenemos que dar con su asesino y luego podremos dedicarnos a lo otro. Vamos a tomar el té. Desde que desayuné no he probado bocado. ¿Y usted?

—Yo me muero de debilidad.

—Nosotros no —rió el chiquillo que había recordado a Duke lo del perro.

Tenía la barbilla bañada en azúcar y los ojos brillantes como ascuas. Además de un rifle de juguete llevaba una bolsa de papel Manila que debía contener, por lo menos, unos cuatro kilos de caramelos. No era el único en ir así cargado, pues todos los demás iban provistos de paquetes similares que prometían unos días de felicidad y luego otros de aceite de ricino.

Los muchachos formaban una bélica columna que parecía regresar del asalto de alguna rica población. Los más formales entraron con Duke y Susana en un saloncito de té, mientras los demás quedaban en la calle matando pieles rojas, cazando caballos salvajes, emulando a Billy el Niño, a César Guzmán, a Diego de Abriles y a Silveira, así como a Jesse James y a otras buenas piezas del antiguo oeste, ahora retirados en Hollywood.

—Julie asegura... —empezó Susana cuando se hubieron sentado frente a una mesita cubierta por un alegre mantel a cuadros.

—Luego hablaremos de eso —interrumpió Duke—. Antes que de su cliente, quiero ocuparme de los míos. Yo también conozco un crimen horrible y deseo aclararlo. Se trata de un perro...

—Pero Julie...

—Deje a Julie en la cárcel. Si es verdad que tiene un pasado tan malo, seguramente habrá merecido más de una vez lo que ahora le ocurre.

—Pero se trata de un ser humano que quizá sea inocente...

—El perro era inocente. Eso es seguro. Ocupémonos de él. Luego, cuando nos quedemos solos, nos ocuparemos de su Julie. Si es necesario, reuniremos a nuestra banda de hombres buenos y asaltaremos la cárcel, ¿verdad, pequeños?

Los tres chiquillos que habían entrado en la sala de té asintieron llenos de entusiasmo. Nada podía agradarles tanto como asaltar una cárcel y pasar a cuchillo a todos sus guardianes.

—Está bien; explique lo del perro. Por lo visto le interesa mucho.

—Como cierto escritor francés, aseguro que cuanto más tiempo llevo viviendo entre los hombres, más quiero a los perros. El de nuestro amigo se llamaba Rin Tin

Tin. ¿Adivina a qué raza pertenecía?

—Quizá... ¿era lobo?

Los tres chiquillos dirigieron una mirada de asombro a Susana, y Duke les indicó:

—Ya os dije que a pesar de ser mujer, era muy inteligente. No necesita más que una pequeña pista para adivinar en seguida la verdad.

—Era el mejor perro lobo del mundo, ¿no? —sonrió Susana.

El que había sido dueño de Rin Tin Tin asintió con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sí —musitó entrecortadamente—. Era el mejor perro del mundo. Le escondíamos una pelota donde fuese y la encontraba en seguida.

—Era una maravilla —murmuró otro—. Cuando encontremos al tío asesino lo ahorcaremos de un farol.

—Eso mismo —asintió Duke—. Sin juicio ni nada. Como se hacía en los tiempos en que San Francisco era una ciudad decente donde sólo había un *sheriff* que no salía nunca de su casa.

—No conocía esa faceta de su carácter —murmuró Susana—. ¿Le gustan los niños?

—A veces —replicó Duke. En seguida, sintiendo una inexplicable turbación, agregó—: Anteanoche un auto atropelló a Rin Tin Tin. Era un auto que llegaba del Sur, a toda velocidad. No pudo evitar a Rin Tin Tin, que tenía el vicio de salir al encuentro de todos los autos y de ladrarles hasta enronquecer. Lo dejó muerto en el acto y, como el conductor había querido esquivar al perro, el coche se precipitó contra un farol. Fue un choque muy violento en el cual la rueda delantera derecha del auto quedó muy dañada. Sin embargo, después de aquello, el conductor aumentó la velocidad, como si en vez de matar a un perro hubiese dado muerte a una persona, y siguió su camino en medio de violentos zigzags. Uno de estos muchachos pudo ver la matrícula; pero sólo recuerda los tres últimos números, que anotó en seguida en un papel. Son el cinco, seis y tres. Quinientos sesenta y tres.

—No va a ser fácil encontrar a ese auto —dijo Susana—. Si no tienen más detalles...

—Era un auto negro de dos plazas, con ruedas de radios.

—¿No sería más práctico ponerse a buscar agujas en un pajar?

—No —replicó Duke—. Mientras estaba examinando este revólver —mostró el 45 de Billy el Niño—, se me ocurrió que con esos datos podía conseguirse algo. Resulta muy útil para la imaginación examinar armas de fuego. Uno puede concentrarse por completo, como si estuviera dentro del cañón del revólver.

—Entonces va a pasar un par de semanas dedicado a la solución del misterio del perro atropellado y, mientras tanto, Julie Givens...

—Es un caso muy interesante —interrumpió Duke—. El auto llegó a toda velocidad. Procedía de dirección sur y, por lo tanto, ¿quién puede impedirnos pensar, que si llegaba del Sur tuvo que pasar por San Bruno?

—¡Eh!

El interés de Susana se había despertado súbitamente.

—Sí, la carretera podría pasar por aquí. El chófer tenía una prisa incomprensible excepto en un coche de bomberos. Trató de no matar al perro; mas no pudo evitarlo. De resultas de su esfuerzo por no matar al animal se estrelló contra un farol, se averió la rueda delantera y, zigzagueando como si estuviera borracho, siguió huyendo. ¿Por qué no se detuvo? Si no quería hacerlo por el perro, que al fin y al cabo estaba ya muerto, debió haberlo hecho para arreglar la rueda del auto, ya que siguiendo a aquella velocidad se exponía a ir directo al cementerio. ¿Por qué no se detuvo?

—Porque tenía prisa —murmuró Susana.

—Sí, es indudable que tenía mucha prisa. Pero, no obstante, otro se hubiera detenido. Si no lo hizo fue, tal vez, porque iba en un coche que no era suyo. ¿Comprende?

—¿Cree que se trataba de un auto robado y que el hombre no se atrevió a enfrentarse con la Policía y a responder a las preguntas que forzosamente deberían hacerle?

—Algo hay de eso pero aquí nos surge otro pero... El suceso ocurrió a las nueve menos diez del día diez. A esa hora de la noche las calles están aún bastante concurridas por autos patrulla de la Policía. Cualquiera agente que hubiera visto un auto en el estado del que nos ocupa, se hubiera apresurado a detenerlo, por constituir un peligro para el tráfico. Si el vehículo fue detenido, es indudable que el conductor pudo dar toda clase de explicaciones lógicas, pues nadie sabe que esté preso, lo cual indica que lo dejaron seguir su camino. Pero aunque así fuese, los agentes debieron de tomar nota del auto y de su estado y transmitirían la comunicación al jefe del Servicio de Tráfico. Creo que una llamada telefónica a dicho Servicio nos sería muy útil.

Duke hizo seña a la propietaria del salón de té, indicando que deseaba telefonar. Un camarero que debía de ser su hijo, trajo un aparato portátil y lo conectó a un enchufe colocado en el suelo. Duke buscó en el listín el número del Servicio de Tráfico. Unos segundos después estaba hablando con el sargento jefe.

Éste conocía a Duke y deseaba serle útil en lo posible. Prometió repasar los informes presentados la noche del diez, y al cabo de cinco minutos contestó:

—Lo siento, señor Straley, no aparece nada relativo a un auto con la rueda derecha delantera en mal estado.

—¿Hubieran tomado nota los agentes si lo hubieran visto?

—Desde luego. Habrían detenido al conductor y, a menos que su excusa fuese muy lógica, no le habrían dejado seguir su camino. Aún en este último caso lo hubieran ido escoltando.

—Perdone la pregunta. ¿No existe la posibilidad de un soborno?

—En absoluto. Todos los agentes del Servicio de Tráfico son de absoluta confianza. Han sido probados en repetidas ocasiones y nunca se ha descubierto

ninguna falta.

—Entonces, ¿puedo estar seguro de que el coche de que le hablo no fue visto?

—Tenga la completa seguridad.

—¿Y no sería posible averiguar la matrícula exacta y quién es su dueño?

Una risa sonó al otro extremo del hilo.

—Imposible. ¡Si al menos supieran la marca! Entonces podríamos acercarnos a la verdad.

—Muchas gracias. Seguramente tendré que hacerle alguna otra pregunta; pero la dejaremos para más tarde, pues no quiero precipitarme en mis juicios. Si en algo puedo serle útil...

—Muchas gracias, señor Straley. Igualmente; si puedo ayudarle en algo disponga de mí y de mis hombres.

Duke repitió las gracias y colgó el aparato. Luego, volviéndose hacia Susana, comentó:

—Es indudable que la Policía no le detuvo.

—Es seguro —declaró, sarcásticamente, la joven—. Y le advierto que si piensa dedicarse a descubrir quién mató a Rin Tin Tin, yo...

—Usted me ayudará porque ya se ha dado cuenta de que es muy posible que el asesino de Rin Tin Tin sea el autor de la muerte de Terrence Pellton.

—¿Bromea?

—No. Hablo en serio. Es todavía pronto para decidir si estoy o no equivocado; pero es indudable que existen varias coincidencias muy casuales. El conductor o conductora, iba muy de prisa, no se detuvo y, además, podía venir de San Bruno, o sea, del lugar donde mataron a Terrence Pellton.

—Es usted como Sherlock Holmes, que de un sombrero encontrado en la calle sacaba un misterio de tres asesinatos.

—Sherlock Holmes era un gran detective a quien la gente no quiso tomar en serio. Fue el primero en emplear los modernos sistemas de investigación, y los que entonces se reían ahora tendrían que inclinar la cabeza. El asesinato de Pellton se cometió entre ocho y nueve de la noche. Casi es seguro que el crimen tuvo lugar a las ocho y media en punto. Un buen auto no emplearía más de veinte minutos en recorrer la distancia entre San Bruno y esta parte de San Francisco. Por lo tanto tenemos, con toda exactitud, el factor hora. La prisa es otro indicio. El no detenerse, un indicio más, y, por último, tenemos una pista magnífica.

—¿Cuál?

—La que acaba de darnos el Servicio de Tráfico.

—Me ha parecido entender que el Servicio de Tráfico no ha podido dar ninguna pista.

—Eso ya es una pista —sonrió Duke.

—Sí —refunfuñó Susan—; es la pista de que se está burlando usted de mí.

—Al contrario, la estoy ayudando. ¿Qué quiere decir eso de que el Servicio de

Tráfico no sepa nada de aquel auto?

—Quiere decir que nadie lo vio.

—¡Magnífico! —exclamó Duke, muy alegre—. ¡Magnífico!

—¿De veras es dos veces magnífico? —preguntó Susana.

—De veras —replicó Duke—. No sólo dos veces, sino tres, trescientas, tres mil veces magnífico.

—¿Por qué no tres millones de veces magnífico?

—Porque podríamos llegar a los tres mil millones y no exageraríamos nada.

—Me rindo. Me confieso una ignorante.

—No lo es usted. Medite un poco y dígame qué conclusión saca de esos detalles.

—¿Se refiere al de que el auto no fuese visto por la Policía?

—Sí.

—No saco ninguna conclusión. No le vieron. Eso es todo.

—No es todo, ni mucho menos, señorita. Si no le vieron es que no pasó ante los agentes encargados del tráfico. Y si no pasó, hemos de suponer que... no... llegó... hasta... ellos. ¿No comprende?

—Señor Straley, yo deseo que me resuelva usted mis apuros, no que me ponga problemas de álgebra. Está bien. No llegó hasta ellos porque se quedó por el camino.

—Ahora ya va dando en el clavo. El auto, en efecto, no llegó a las avenidas por donde patrullan continuamente los motoristas de la Policía de Tráfico. Eso indica que el coche quedó oculto en algún sitio. Su conductor, al no poder seguir, lo escondió en algún garaje próximo a estos barrios, siempre hacia el Norte, y él continuó su ruta en un taxi. Por lo tanto, si buscamos en los garajes de los alrededores daremos con el coche.

—Si no está en el fondo de la bahía.

—No. Un auto no es un guijarro. Los muelles están muy vigilados y si el coche hubiera sido precipitado en el mar alguien lo hubiera visto y habría corrido a informar a la Policía. El conductor o conductora del coche no quiso exponerse. El coche debe de estar en tierra.

Susana alcanzó el listín de teléfonos y buscó la, letra G. Con el dedo señaló a Duke los cuatrocientos garajes que tiene San Francisco y propuso:

—Podemos pasar medio año muy divertido visitando todos esos garajes, amén de los particulares que existen en esta ciudad. A pesar de todo sigo creyendo que sería más fácil encontrar la aguja en el pajar.

—Olvida que tenemos a cuarenta hombres a nuestras órdenes —recordó Duke—. Estos muchachos y sus amigos nos ayudarán, ¿no es cierto?

Los tres chiquillos asintieron con la cabeza. Habían escuchado llenos de asombro las explicaciones de Duke y la idea de poderle ayudar les llenaba de entusiasmo.

—Escuchadme —siguió el famoso aventurero—: Es necesario que os lancéis a buscar el coche. Mirad en todos los garajes y cuando lo encontréis avisadme. Recordad que la matrícula termina en quinientos sesenta y tres, que es un auto de dos

plazas, pintado de negro con ruedas de radios, una de las cuales, la delantera derecha, está medio deshecha. Os advierto que es muy posible que a alguno de vosotros le cueste la vida; pero sois valientes y ese peligro no os arredrará. Yo me instauraré en la sala de billares de la taberna donde estaba cuando os quisieron quitar a Tom. Si algo descubris avisadme aquí y yo, provisto de mi artillería —Duke mostró el revólver vaquero—, acudiré en vuestro auxilio.

Los tres muchachos saltaron de sus sillas y cubriéndose con sus sombreros saludaron militarmente. Duke se puso en pie y devolvió el saludo, tras lo cual los tres arrapiezos salieron a reunirse con sus amigos, que en aquellos momentos estaban rechazando a Sitting Bull, el famoso jefe indio, que les había llenado ya de bajas la barricada tras la cual se defendían. Diez o doce muertos se revolcaban por el suelo con las manos al pecho y los ojos en blanco. De cuando en cuando uno fallecía durante unos segundos y en seguida volvía a reanudar su agonía.

La aparición de los tres delegados terminó con la lucha: Los muertos resucitaron y los indios reuniéronse con sus enemigos.

Fueron dadas las instrucciones necesarias y la chiquillería se desparramó por la calle. Cada uno fue a colocar en lugar seguro su botín de caramelos y luego, pegados a las paredes, dirigiendo temerosas miradas a su alrededor y disparando, con la boca, numerosos tiros a sus invisibles enemigos, empezaron a buscar el coche cuya rueda delantera derecha estaba destrozada y cuya matriculo terminaba en 563.

Desde la sala de té, Susana contempló parte del espectáculo que Duke seguía con una sonrisa en los labios.

—No sé cuál de todos es el más chiquillo —comentó Susana.

—Yo —admitió Duke—. Nunca se es más chiquillo que cuando se ha dejado de serlo. Y nunca, tampoco, se es tan hombre como en la época en que se es todavía un niño. Y hablando de nosotros, ¿quiere que vayamos a visitar al señor Pellton?

Susana no contestó en seguida. Cuando lo hizo fue con una suave sonrisa que hizo estremecer a Duke, lo cual agradó mucho a la joven.

—Esto es un juego para usted, ¿verdad? —preguntó Susana Cortiz.

—Podría decirle que no; pero mentiría —replicó Duke—. Es cierto, desde hace unas horas siento deseos de jugar. Noto como si hubiera vuelto a los diecisiete años.

—¿Qué hacía a los diecisiete años? —preguntó Susana.

Duke movió negativamente la cabeza.

—Tonterías —replicó, pensando que al cumplir los diecisiete años se enamoró de una vecinita de trece, que un lustro más tarde se casó con otro sin que Duke lo lamentara ni ella recordase que una noche de primavera, entre el olor de la madreSelva y de las hojas nuevas, había prometido ser la esposa de Duke y marchar con él a Hawai.

En efecto, aquello era una tontería y resultaba aún más tonto recordarlo entonces. ¿Por qué? Quizá porque la primavera estaba muy próxima... No, decididamente era una tontería. Susana le observaba con gran atención y estuvo a punto de decir lo que

pensaba; pero también se lo calló.

—¿Quiere que vayamos a casa de Samuel Pellton? —preguntó.

—Sí. Podríamos ir. ¿Es usted rica?

—Tengo una cuenta corriente de sesenta mil dólares y acciones y valores por otros cien mil. No soy pobre.

—Pero no es lo bastante rica para despreciar veinticinco mil dólares. Por lo tanto vayamos a ver al señor Pellton.

—¿No espera a los muchachos en la taberna?

—Aún tardarán en encontrar lo que buscan. Además... si el muerto fue Terrence Pellton, la clave del misterio, si existe, hay que buscarla en casa de su padre.

—¿De quién sospecha?

—De nadie; pero he visto el retrato de Terrence. Era un muchacho joven, de aspecto sano, de ojos nobles... No creo que citara a Julie Givens en San Bruno para una aventura galante. Si es cierto que Julie fue allí respondiendo a una invitación de Terrence y, sobre todo, a una promesa de dinero, entonces hemos de desechar toda sugerencia malévola y buscar un motivo lógico que nos pueda explicar por qué Terrence Pellton dispuso una tan misteriosa entrevista con Julie, después de haberla prevenido que su vida correría peligro si llegaba a saberse que iba a reunirse con él.

—Desde el momento en que usted confía en la inocencia de mi cliente, yo empiezo a ver en todo pruebas de su culpabilidad —suspiró Susana—. ¿Por qué en cuanto descubrió el crimen no dio aviso al Parque de Turismo?

—Porque eso sería impropio de una mujer como Julie. Si es cierto que su vida ha sido tormentosa y que varias veces ha bordeado la cárcel. Su reacción, es completamente lógica. No debe de ser la primera vez que se encuentra frente a un cadáver. Sabe que la mejor manera de que la Policía no le haga a uno preguntas, es evitar que la Policía pueda hacerlas. Si ella no decía nada, nadie la interrogaría. Podía dejar que fuesen otros los que descubrieron el cuerpo. Ella lo resolvía todo huyendo y negando luego saber nada. Pero los años no han pasado en balde. Julie ya no es todo lo lista que fue y comete el error de poner las manos donde no debiera. Ese error lo paga muy caro.

—Si se hubiera presentado en seguida a la Policía...

—En cuanto hubiese empezado a hablar todos se habrían lanzado sobre ella como barbos ansiosos de devorar la lombriz que ha caído al agua. Ni diciendo la verdad ni mintiendo, Julie no podía salir del apuro. Vayamos a casa del señor Pellton, y después de hablar con él quizá podamos planear algo más concreto. ¿Conoce la dirección?

—Sí —murmuró Susana—. Al enterarse de que me encargaba de la defensa de Julie, me ofreció diez mil dólares si evitaba defenderla demasiado bien y conseguía que fuese condenada. Es un hombre muy vengativo y... sospecho que va a creer que he aceptado su oferta. Si Julie comparece ante el jurado será condenada porque yo, pobre de mi, no voy a saber defenderla.

—Es posible que Julie no necesite comparecer ante el Tribunal. Si mis vaqueros

descubren el auto estoy seguro de que nos llevaremos una gran sorpresa. Sin embargo, antes de ir a ver al señor Pellton, cuénteme un poco cuáles son sus actividades.

—Se dedica a todo. Hay muchos asuntos turbios que todo el mundo cree conocer; pero de los cuales no se tienen pruebas. Uno de sus mejores negocios es trabajar para el Municipio. Todos los contratos importantes se los lleva él, porque en el momento de hacer su oferta ésta es siempre menor en unos dólares que la más baja. Tiene un servicio de espionaje perfecto que le cuesta muchos miles de dólares, pero que le reporta millones. Su empleado de confianza es Gart Boyle, un hombretón muy simpático que lo mismo descarga una palmada en la espalda de un policía de los muelles que en la del alcalde. Conoce a todo el mundo y todos le conocen. Pellton le paga cien mil dólares anuales y lo considera una ganga. Ahora Boyle ha conseguido unos suministros para la defensa nacional que reportarán al viejo Pellton siete u ocho millones.

—Muy interesante. Eso nos demuestra que el señor Samuel Pellton no va a mostrarse muy comunicativo.

—Adoraba a su hijo —murmuró Susana—. Era su única pasión.

—Si existe un punto débil en él lo utilizaremos. En marcha, señorita Cortiz. Parece que nos conozcamos de toda la vida.

Cuando salieron a la calle, Duke, sin saber por qué, volvió a pensar en aquella primavera de cuando tenía diecisiete años. Luego, por asociación de ideas, pensó en Bob y en su hermana Betty que ahora caminaban rumbo a las Filipinas. Por lo menos ellos habían cumplido el juramento que se hicieron cuando eran niños. ¿Habría faltado también la muchacha que iba a su lado a algún juramento de amor eterno?

Capítulo 3

Si se hubiera querido comparar a Samuel Pellton con alguien muy conocido, el nombre de Jim Brady, el «*hombre de los diamantes*». Famoso en Nueva York a finales del siglo pasado y principios del actual, hubiera acudido en seguida a los labios. Era alto, pero tan grueso que parecía casi bajo. Su cara quedaba muy alargada por una triple papada. Su vientre le impedía sentarse junto a la mesa, y su peso exigía el empleo de sillas y sillones reforzados.

No obstante, Samuel Pellton no daba la impresión de un hombre lento ni apático. Por el contrario, toda su enorme humanidad exudaba energía, y sus ojos tenían la dureza de los de un luchador. Había recibido a Duke y a Susana en su lujoso despacho y ahora los estaba mirando como si sospechara algo malo de ellos o esperase que le tendieran alguna trampa.

—¿Viene a aceptar mi oferta, señorita? —preguntó, dirigiéndose a Susana.

—No —contestó Duke—. Venimos a informarnos de otra. La de los veinticinco mil dólares que ha ofrecido a quienes detengan al asesino de su hijo.

Samuel Pellton permaneció unos instantes completamente inmóvil. Parecía un monstruoso ídolo oriental. Por fin, con voz lenta, pero firme, replicó:

—Ya he pagado ese dinero.

—¿A quien? —preguntó Duke.

—A los que han detenido a la asesino de mi hijo.

—¿Se refiere usted a Julie Givens?

—Me refiero a la asesino de mi hijo.

—Entonces no se refiere a la cliente de la señorita Cortiz, pues ella no es culpable.

—Eso lo han de decidir los jueces —replicó el millonario. Y tras una pausa, agregó—: Y ya cuidaré yo de que el hecho de que sea una mujer no le impida ir a sentarse en la cámara letal.

—Le advierto que Julie Givens no es culpable.

En aquel momento llamaron a la puerta del despacho.

—¿Quién? —preguntó con potente voz Samuel Pellton.

—Soy yo —replicó una voz igualmente fuerte.

—Entre, Boyle —ordenó el potentado.

Abrióse la puerta y un hombre de unos cuarenta y cinco años entró en el despacho. Muy corpulento, mostraba evidentes señales de ser aficionado a los deportes o, al menos, de pasar muchas horas al aire libre, pues tanto su rostro como sus manos estaban bronceadas por el sol. Un extraño contraste era el que ofrecía su cabellera, gris plata, que parecía casi metálica por sus reflejos y por la fijeza del peinado. Sus ojos eran también grises, pero acerados y tanto su boca como el mentón correspondían a un hombre capaz de abrirse paso en la vida en lucha contra todos los

obstáculos.

—Me marchaba, señor Pellton —dijo—. ¿Desea usted algo para Martín, el de los servicios de limpieza?

—Nada —replicó Samuel Pellton—. Usted ya sabe cómo hay que tratar a esa gente. Estos días no estoy para los negocios...

Viendo que Boyle miraba curiosamente a Susana y a su compañero, presentó:

—La señorita Cortiz, defensora de esa mujer, y un amigo suyo, el señor Straley. Mi secretario, el señor Boyle.

Gart Boyle inclinóse ante Susana y cambió un fuerte apretón de manos con Duke, afirmando estar encantado de conocer a los dos.

—Pretenden que la Givens no es culpable —gruñó el millonario.

—No, señor Boyle —replicó Duke—. Pretendo que las pruebas que actualmente se poseen contra ella son tan sólo circunstanciales.

—¿Cree usted en una confabulación más profunda? —preguntó Boyle.

—Sí —declaró Duke, mirando a los ojos de su interlocutor.

—Yo opino como usted —replicó, inesperadamente, Boyle—. He tratado de convencer al señor Pellton de que esa mujer no tenía ningún motivo para cometer el crimen.

—Está al servicio de alguien que quiere vengarse de mí —replicó Samuel.

—Yo creo que la han utilizado para que las culpas recayesen sobre ella —declaró Boyle—. Sería muy lógico valerse de una mujer de pasado turbio. De la misma forma que a ella la citaron allí pudieron citar al pobre Terrence... Ya sabe que desde hace algún tiempo intervenía de lleno en los negocios. Tuvo algunos choques con nuestros competidores... Quizá alguno de ellos...

—Quizá —admitió Samuel—. Son todos unos cobardes incapaces de luchar frente a frente; pero si fuera así... —La mano derecha del millonario se cerró sobre un pisapapeles de mármol y, levantándolo, lo hizo pedazos contra la mesa, a la vez que terminaba—, ¡los destruiría!

Duke se dijo que la ira de aquel hombre debía de ser temible. Era esa furia fría, implacable, que no se diluye en los vapores de las imprecaciones, sino que permanece sólida, condensada, hasta el momento en que descarga sobre la cabeza elegida.

Hubo un silencio provocado por la impresionante manifestación. Por último, Pellton siguió, más calmado:

—Puede que tengan razón. He visto a esa y no comprendo para qué podía quererla mi hijo. No posee ningún atractivo que justifique una cita amorosa. Además Terrence no era de esa clase —Pellton hizo una pausa y luego, lenta y casi reverentemente, agregó—: Él era honrado en todo. Pertenecía a otra generación.

Duke se dijo que Samuel Pellton debía de haber sentido por su hijo un gran cariño, viendo en sus cualidades, tan en desarmonía con sus propios defectos, un ejemplo digno de imitar... por los otros, ya que él, como decía, era de otra generación muy distinta.

—¿Desea que investiguemos hasta descubrir la verdad? —preguntó Duke al millonario.

Samuel Pellton volvió a sentarse.

—Puede retirarse, Boyle —dijo a su secretario—. No le necesitaré hasta mañana. Resuelva los asuntos pendientes y procure no molestarme. Evite que la Prensa hable del entierro de Terrence. No deseo que asista nadie. Sólo yo. Los demás son unos hipócritas y llorarían más para que yo les viera que por lo que puedan sentir por mi hijo al que, tal vez, alguno de ellos ha hecho matar. No me importa lo que piensan ni lo que digan.

Gart Boyle inclinóse, saludó a Susana y a Duke, y salió del despacho, cerrando suavemente tras él.

Pellton permaneció aún inmóvil durante unos minutos. Tenía la mirada perdida en un punto muy lejano que veía mentalmente, no con los ojos. Por fin respiró muy hondo y murmuró:

—Terrence...

Pareció como si sus ojos se cristalizaran. Duke y Susana pensaron, a la vez, que ellos eran, sin duda, los primeros que veían lágrimas en las pupilas del hombre más duro de San Francisco.

—Sí, averigüen la verdad —siguió, moviendo apenas los labios—. Por un momento he olvidado que todo se ha perdido ya. De Terrence sólo me queda su hijito, un pequeño de seis meses. Hasta ahora nunca quise verlo. Es hijo de una muchacha con quien yo no quería que mi hijo se casara. Me desobedeció... y, creo que hizo bien. Yo le quería unir a una mujer que tenía tanto dinero como él. Esta misma noche haré que mi nieto venga aquí. Cuando mataron a Terrence mataron también a Samuel. Ya no seré lo que fui. ¿Para qué? Terrence quizá hubiera podido seguir mi labor; su hijo está demasiado lejos de mí. Hasta dentro de veinticinco años no podrá encargarse de unos negocios que, por entonces, ya estarán hundidos. Iré liquidando cuanto poseo y dejaré más de quince millones a mi nieto. Que su madre lo haga hombre y lo eduque. Yo sólo debo hacer una cosa: vengar a Terrence. Si se demuestra que esa mujer es culpable, quiero que la Ley se aplique implacablemente. Si es inocente, no quiero su vida, pero sí la del verdadero criminal.

Samuel hizo una pausa, se secó las pequeñas gotas de sudor que perlaban su frente y, respirando con dificultad, siguió:

—Cuando ofrecí veinticinco mil dólares por la captura del autor de la muerte de mi hijo, creí que se trataba de una empresa relativamente fácil. Ahora, si es cierto lo que ustedes sospechan, veo que la tarea es más difícil y, por lo tanto, doblo el premio. Cincuenta mil dólares y todos los gastos pagados. Si no triunfan no abono nada.

—¿Es verdad eso? —preguntó Duke.

—Le doy mi palabra. Y sólo tengo una.

—Lo supongo —replicó Duke—. Si nosotros triunfamos el premio deberá ser cobrado totalmente por la señorita Cortiz. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Ahora necesitaríamos algunos informes. ¿Puede proporcionárnoslos o cree preferible que los obtengamos por otros conductos?

—Se los daré yo mismo. ¿Qué desean?

—¿Cuál era la posición de su hijo en sus negocios, señor Pellton?

—La de supervisor, inspector y propietario. En realidad se estaba preparando para ocupar mi puesto.

—Creo haber entendido que chocó con algunos de sus competidores. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Cuáles fueron esos choques? ¿Agresiones personales?

—No. Discusiones violentas sobre la forma de obtener los contratos municipales. Los dos últimos que conseguí fueron en lucha noble y sin recurrir a las trampas de antes. Terrence suprimió los sobornos y con el ahorro que ello significaba pudo presentar una oferta mucho más baja. Además se lanzó por otros caminos del comercio. Su honradez perjudicó a mis rivales.

—¿Con quiénes se peleó?

—No lo sé exactamente. Mañana se lo podrá decir mi secretario.

—¿Era también el señor Boyle secretario de su hijo, señor Pellton?

—No. Terrence tenía a sus órdenes a una secretaria, la señorita Rosalind Cromwell.

—¿Trabajaba esa señorita sólo para él?

—No. Mi hijo sólo la necesitaba un par de horas diarias. En cambio Boyle la necesita mucho más; pero últimamente Terrence me pidió que se la asignara sólo a él, pues iba a necesitarla muchas más horas. Nuestro trabajo de oficina es muy reducido; pero al dedicarnos a suministros para el Ejército íbamos a necesitar unas oficinas mayores.

—¿Fue ese el motivo que expuso su hijo para justificar su deseo de que la señorita Cromwell trabajara sólo a sus órdenes?

—Sí.

—¿No quiso, tal vez, evitar que alguien pudiera enterarse por medio de la señorita Cromwell, de lo que él hacía?

—No lo creo. Si mi hijo hubiera sido capaz de confiar sus secretos a alguien, el peligro de que fuesen descubiertos no habría desaparecido aunque Rosalind Cromwell se hubiera limitado a trabajar para él.

—Es verdad. Sin embargo, me gustaría hablar con la señorita Cromwell.

Pellton descolgó el teléfono de comunicación interior y pulsó uno de los multicolores botones del aparato. Transcurrieron varios segundos sin que, al parecer, obtuviera respuesta. Al fin pulsó otro botón.

—Oiga, Smiths, ¿está la señorita Cromwell? —preguntó.

Casi en seguida colgó el aparato, mirando a Duke, declaró:

—Ya se ha marchado. No volverá hasta mañana:

—¿Tiene su dirección?

—¿Quiere verla esta noche?

—Lo preferiría. Y si pudiera darme una foto de ella me sería muy útil.

Pellton volvió a utilizar el teléfono de comunicación interior. Diez minutos más tarde Duke tenía en sus manos una instantánea en la cual aparecía Samuel Pellton acompañado por su hijo y por una joven rubia de rostro muy atractivo. Era una fotografía para los periódicos. Detrás de ella Samuel Pellton anotó la dirección.

—Nada más por hoy —declaró Duke, poniéndose en pie—. Después de hablar con esa señorita podré empezar mis trabajos. Sólo quisiera hacerle una pregunta. ¿Se ha recuperado el auto de su hijo?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En el lugar donde...

—Comprendo —interrumpió Duke, notando el temblor que asaltaba la voz del millonario—. Sólo quería saber si por lo que se refiere al auto todo estaba conforme. ¿Podría decirme cuál es el número de matrícula de su coche?

—Nunca me he fijado en él, a pesar de que lo tengo desde hace más de veinticinco años. Es uno de los primeros Rolls...

—Entonces no necesito su matrícula. El auto que yo busco es más moderno. Buenas tardes, señor Pellton. Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Si necesitan mi influencia les extenderé una tarjeta para que les ayuden en todas partes.

—Es una buena idea —aprobó Duke.

Pellton sacó una tarjeta y escribió en ella un ruego dirigido a las autoridades de toda la ciudad para que ayudasen a Duke Straley en cuanto les fuese posible, favor por el cual Samuel Pellton les quedaría muy agradecido.

—Saben que mi agradecimiento vale mucho —terminó el financiero, con un perceptible orgullo en la voz.

Susana Cortiz y Duke se despidieron de él y fueron acompañados hasta la puerta por el mayordomo Smithers.

Cuando salieron a la calle observaron un auto detenido a poca distancia de la casa. Una mano les hizo seña de que se acercaran y un momento después, el rostro de Gart Boyle asomaba por la ventanilla del vehículo.

Capítulo 4

—Señor Straley, creo que deberíamos hablar —dijo el secretario de Pellton—. ¿Quieren subir a mi coche y que les lleve a alguna parte?

—Tenemos un trabajo urgente —replicó Susana, interpretando acertadamente la seña que le hizo Duke—. No podemos entretenernos.

—Mañana podemos vernos —sugirió Duke—. Hoy, realmente, es un poco tarde. Boyle hizo un visible gesto de disgusto.

—Creí que podría ayudarle... —empezó.

—Antes de emprender ninguna nueva pesquisa debemos terminar las que tenemos iniciadas —dijo Duke—. Hasta mañana por la mañana no estaremos preparados para ampliar nuestras gestiones. Precisamente una de las primeras es hablar con usted para informarnos de quiénes fueron las personas con quienes, por motivos de negocios, chocó Terrence Pellton.

—Una de ellas fue Martin...

—Por favor —interrumpió Duke—. De momento prefiero no saber nada. El tener demasiadas pistas es la forma más práctica de no dar con el fin de ninguna. Si termino mi trabajo, antes de lo previsto, entonces quizá pudiera hablar con usted esta noche. ¿Puede darme su dirección?

Boyle tendió una tarjeta a Duke.

Éste la guardó en el bolsillo superior de su chaqueta y con un ademán se despidió del secretario de Pellton, arrastrando tras él a Susana.

—¿Por qué no ha querido hablar con él? —preguntó la joven.

—Por el motivo que le he expuesto —replicó Duke—. El tener pocas pistas es malo; pero el tener demasiadas es peor. Muchísimo peor. Aclaremos los puntos que están confusos y luego, si no encontramos camino de la solución, buscaremos por otra parte, pues hasta el final no puede saberse si un camino es bueno o no.

Caminaron un rato en silencio y, de pronto, Susana murmuró:

—Debe de tener usted una opinión muy pobre de mí, ¿no es cierto, señor Straley?

—¿Por qué? —preguntó Duke.

—Por como me he portado desde el principio. La entrevista con el señor Pellton me ha hecho ver que esto es mucho más serio de lo que yo imaginaba.

—¿Qué imaginaba usted? —preguntó, suavemente, Duke.

—Ni yo misma lo sé. Pertenezco a una generación que no quiere ver las cosas en serio; que en todo encuentra motivo de broma y diversión; que, tal vez por no entenderlos, se burla de cuantos problemas se enfrentan con ella. Quizá haya influido en nosotros el cine. Ha sido nuestro manjar desde que nacimos. Hemos aprendido a burlarnos de todo y a no considerar nada imposible. Se nos ha hecho ver que una muchacha sólo necesita ser bonita para conseguir lo que desea. La muchacha audaz es producto de Hollywood. Por eso cuando pensé que podía ayudarme encontré muy

natural el presentarme a usted y pedirle su colaboración. Ni siquiera pensaba en la mujer cuya vida depende de mí y a quien mi fracaso puede enviar a la cámara del gas de la cárcel de San Quintín. Tampoco pensé en el hombre que murió asesinado quizá por la mujer a quien yo debía defender. Ahora, al ver su padre, al oír las palabras de usted, al comprender la tragedia en la que participo, he empezado a darme cuenta de la importancia de esa tragedia. Por eso quería pedirle que me perdonase y... me aconsejara lo que debo hacer.

Duke miró de una manera muy extraña a Susana. La miró como no había mirado hasta entonces a ninguna otra mujer. Claro que esto Susana lo ignoraba.

—Se parece usted a mi hermana —replicó Dulce—. Son ustedes cabecitas locas por fuera y muy cuerdas por dentro. Quieren vivir de una manera, y eso ya es algo. Antes la mujer vivía de tal o cual forma, sin saber exactamente lo que deseaba. Vivía como la dejaban vivir. Hoy las muchachas modernas son superiores a aquellas otras, sobre todo cuando, después de pretender ser de una forma, se dan cuenta de su error y rectifican, convirtiéndose en lo que deben ser; pero no forzosamente, sino con toda naturalidad.

—Entonces, ¿no me considera una loca?

—La considero... —no terminó porque, por primera vez en su vida, sentía una turbación inexplicable.

Siguieron su camino. Unos minutos más tarde llegaron al barrio adonde los pequeños vaqueros tenían su cuartel general. Un muchacho apostado de guardia bajo una escalera acudió a su encuentro como si le espieran mil enemigos. Empuñaba con fuerza un revólver de hierro colado y de cuando en cuando oteaba la «pradera».

—¡A sus órdenes, mi general! —saludó al llegar frente a Duke.

—¿Qué noticias hay, sargento? —sonrió Duke.

—Sólo soy cabo, mi general.

—Desde hoy eres sargento por méritos de guerra. ¿Qué noticias traes?

—El tanque enemigo ha sido localizado —afirmó el muchacho.

—Quieres decir la carreta —rectificó Duke—. El tanque no se inventará hasta dentro de cuarenta años.

—¡Oh! —El muchacho quedó algo turbado. Pero, en seguida, rectificó—: Es una carreta con un tanque de agua.

—¡Bien! Perdona mi confusión. ¿Dices que habéis localizado el vehículo que buscábamos?

—Sí, mi general.

—¿Dónde? ¿Contra algún farol?

—No, en un garaje.

—¿Puedes acompañarnos?

El muchacho lanzó un silbido y de sus escondites salieron una veintena de «vaqueros». Duke y Susana partieron tras ellos con rápido paso. Después de doblar varias esquinas llegaron, al fin, ante una casita bastante deteriorada en cuya verja se

veía un viejo rótulo de «*Se alquila*».

La casita tenía a un lado una construcción rectangular que debía de ser el garaje, al que se llegaba por un camino de cemento. Duke siguió a su guía, quien, tendiéndose sin miramientos en el suelo, asomó la vista por debajo de la puerta del garaje, que quedaba a unos diez centímetros del umbral.

—Vea señor —dijo.

Duke y Susana le imitaron y, tendidos en el suelo, pudieron ver, por debajo de la puerta, el interior del garaje. Éste era bastante reducido. Un auto lo ocupaba casi por entero. Era negro, con ruedas de gruesos radios y la delantera derecha se veía casi caída. La placa de la matrícula quedaba al alcance de la mano y era perfectamente visible. El número grabado en ella era 5M-3563.

—Ya tenemos al auto que mató a Rin Tin Tin —dijo Duke.

—Pero nada más —murmuró Susana.

—Estoy casi seguro de que tenemos mucho más de lo que suponemos. Vayamos en seguida a casa del agente de esta casa —volvióse a los muchachos e indicó—: Quedaos de vigilancia donde nadie pueda veros. Si viene alguien a retirar el coche procurad seguirle como os sea posible.

En seguida anotó la dirección que figuraba debajo del «*Se alquila*» y cinco minutos después estaba sentado frente al agente de fincas.

—He visto la casa de la calle Burt, número sesenta y siete, y quisiera alquilar el garaje —dijo Duke.

El agente movió dubitativamente la cabeza.

—Yo necesito alquilar la casa entera, no sólo el garaje.

—Lo necesitaría sólo por una semana —explicó Duke—. Me dedico al comercio de frutas y quisiera guardar en él un camión que durante una semana enviaré cargado a la ciudad. Si por algún motivo, mi presencia obstaculizara el alquiler de la casa, abandonaría el garaje en el momento en que usted lo deseara.

* * *

Media hora más tarde Duke y Susan, abandonaban el domicilio del agente con la llave del garaje y un contrato por una semana, prorrogable si ambas partes lo juzgaban conveniente.

—Ahora veremos el auto —dijo Duke.

Mas cuando quiso abrir el fuerte candado que aseguraba la puerta del garaje, comprobó que la llave entregada por el agente no correspondía al candado. Éste era completamente nuevo y aun tenía gran parte de la grasa con que había salido de la fábrica.

—No se puede abrir —sonrió Duke.

—¿No podremos examinar el auto? —preguntó Susana.

—¿Por qué no?

—Si no podemos entrar...

—Siempre nos queda el recurso de romper este candado.

—Pero eso sería entrar violentamente.

—La Ley concede al propietario o arrendatario de una casa el derecho de entrar en ella como le parezca. Desde el momento en que la llave no corresponde al candado que cierra este garaje, tenemos derecho a abrir la puerta como podamos, ya que hemos pagado el alquiler que se nos ha exigido y no es culpa nuestra el que la llave que se nos ha dado no sirva para el fin previsto.

Mientras hablaba, Duke buscaba a su alrededor. Siguiendo un estrecho pasadizo, entre la pared del garaje y el muro de la casa contigua, llegó a la parte trasera, donde, tras breve busca a la ya escasísima luz del día, halló una barra de hierro escondida entre unas matas de hierbas parasitarias.

—Esto nos servirá de llave —anunció regresando junto a la joven abogada.

Introdujo la barra por el cerrojo y con fuerte presión logró hacer saltar el curvado brazo de acero. Un momento después las dos puertas se abrían con fuerte chirrido ante el asombro y la curiosidad de los chiquillos.

Duke y Susana entraron en el garaje, cuya luz encendió el muchacho que había servido de guía.

El auto era un Lincoln de gran potencia, aunque no de modelo reciente. Era un auto que debía de desarrollar gran velocidad. Duke miró en seguida la parte delantera. El parachoques estaba violentamente torcido, y la rueda derecha evidenciaba los efectos de un fuerte golpe. También dichos efectos se acusaban en el guardabarros correspondiente, que aparecía muy magullado.

Duke examinó, con ayuda de una pequeña pero potente linterna eléctrica, el parachoques, en el cual descubrió huellas de sangre y rastros de pelo entre gris y castaño. Debía de tratarse de la sangre y pelos del atropellado Rin Tin Tin.

Straley dejó de examinar el exterior del auto. Abriendo una de las portezuelas sentóse en el interior y comenzó a registrarlo. Del departamento de los guantes sacó varios papeles. Al leer uno de ellos lanzó un silbido que atrajo junto a él a Susana, que preguntó, llena de curiosidad:

—¿Qué ha descubierto?

—¿Sabe leer? —preguntó Duke.

—No mucho —replicó Susana.

—¿Conoce este nombre?

Mostraba el membrete de una carta, en el cual se leía:

Samuel Pellton. Particular.

A continuación podía leerse:

«Amigo Pike: El jefe desea que te entrevistes con J. K. y le convenzas de que vale más plata que plomo. Tú

ya sabes lo que puedes prometer y con lo que puedes amenazar. Dile que conocemos todos sus manejos y que si insiste en ofrecer por debajo de nosotros puede exponerse a no terminar su trabajo y perder algo muy difícil de recuperar. Incluyo los mil pavos que te prometí. Un saludo de Gart».

—¡Vaya carta! —comentó Susana—. No está firmada.

—Las cartas así no refirman ni se fechan, ni suelen escribirse en papel con membrete. Puede ser legítima y puede tratarse de una falsificación. Sin embargo hay otros papeles relacionados con Samuel Pellton.

Duke guardó los documentos, algunos de los cuales sólo tenían relación con el auto, y descendió de éste, cerrando la portezuela procurando no tocar nada. En un rincón vio un teléfono y descolgando el auricular comprobó que la línea no había sido cortada. Sacando del bolsillo la tarjeta que le entregara Samuel Pellton marcó el número allí anotado. Era de un teléfono que no figuraba en la lista oficial y que sólo conocían los íntimos del millonario.

Este mismo respondió a la llamada. Duke reconoció en seguida su voz.

—Buena tardes, señor Pellton. ¿Me conoce? —preguntó Duke.

—Creo que sí; pero dígame que he hecho esta tarde cuando usted estaba delante de mí.

—Ha destrozado un pisapapeles de mármol.

—Perfectamente. Dígame qué quiere.

—¿Está dispuesto a ayudarme?

—Sí.

—Entonces, escuche.

Duke leyó atentamente la carta y, cuando hubo terminado, preguntó:

—¿La conoce?

—No la he escrito yo; pero sé de qué trata; ¿necesita saberlo?

—No. Sólo quiero saber quien es Pike: propietario del Lincoln matrícula cinco, eme, tres mil quinientos sesenta y tres.

—Es Pike Brandon, el hombre de confianza de quien firma la carta.

—¿De Gart Boyle?

—Sí.

—¿Puede darme su dirección?

—La encontrará en el listín de Teléfonos. ¿Qué ocurre con ese auto? ¿Ha aparecido ya?

—Sí. ¿Lo perdió el señor Brandon?

—Sí. Se lo robaron anteanoche. Dio parte a la Policía. ¿Tiene que ver algo con lo que usted busca?

—¿Qué tal se llevaban Brandon y su hijo?

—Bien.

—Entonces seguiré investigando.

—¿De quién sospecha?

—De nadie.

—¿Por qué ha preguntado por Brandon?

—Porque su nombre ha surgido en mi camino. Reserve su opinión. No diga nada a nadie. Buenas noches.

Duke colgó el aparato y cogiendo del brazo a Susana la hizo salir del garaje, después de apagar la luz y entornar la puerta, de la cual retiró el destrozado candado, yendo luego a esconder la barra de hierro en el mismo sitio en que la había encontrado.

Viendo a los muchachos que se disponían a seguirle, Duke anunció:

—Necesito vuestra ayuda para otro trabajo importante —sacó un fajo de billetes de un dólar y distribuyó uno a cada uno de los muchachos, siendo ayudado por Susana. Cuando cada chiquillo tuvo un dólar, Duke siguió—: Corred todos a telefonar y llamad a dos o tres ferreterías preguntando en cual de ellas venden los candados «*Robber-Proof*».

Se desbandó la cuadrilla y cada uno de sus miembros se metió en el lugar más próximo para telefonar. Al cabo de cinco minutos regresaban casi todos, moviendo negativamente la cabeza. Tres de los chicos anunciaron casi al unísono:

—En la ferretería Strong tienen la exclusiva.

Un breve interrogatorio hizo comprender a Duke que el candado sólo podía haber sido adquirido en aquella ferretería, pues era una marca nueva que aún no se había popularizado.

En un taxi, y después de despedir a sus ayudantes, Duke y Susana dirigiéronse allí. Llegaron a la ferretería Strong en pocos minutos, y unas breves palabras con el dueño les bastaron para ponerse en contacto con el dependiente encargado de la venta de aquellos candados.

—Si, lo recuerdo —declaró en seguida el hombre—. Lo vendí ayer por la mañana. Por la numeración veo que pertenece a la caja que empezamos ayer y de la cual sólo se ha vendido uno.

—¿Podría describirme a la persona que lo compró?

—Puedo decirle su nombre —replicó el empleado—. Fue vendido a Rosalind Cromwell, la secretaria del señor Boyle.

Una fuerte presión de la mano de Duke hizo callar a Susana, que iba a manifestar su asombro.

—¿Recuerda si dijo la señorita Cromwell para qué necesitaba el candado?

—Pues... —el empleado no parecía muy dispuesto a hablar.

Duke le mostró la tarjeta de Pellton y esto convenció al hombre.

—Nos dijo que lo necesitaba para cerrar una puerta.

—¿No dijo, por casualidad, quién le había encargado que lo comprase?

—No, señor. Supusimos que la orden procedía de su jefe.

—Pero ella no lo especificó, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Recuerda si parecía nerviosa?

—En absoluto. Entonces aun no se había anunciado la tragedia de la muerte del señor Terrence.

—¿No recuerda nada que le extrañase?

—Todo me pareció natural —afirmó el empleado—. La señorita se comportó muy normalmente.

—Gracias. Deme otro candado; pero que no se pueda abrir con la llave de éste.

—Cada candado tiene su llave correspondiente, señor. Ninguna sirve para otro.

Duke guardó los dos candados, y en el mismo taxi que les había llevado allí volvió al garaje. Cerró la puerta con el nuevo candado y en seguida dirigióse a la Jefatura de Policía, buscando la Sección de Tráfico.

El mismo sargento que horas antes hablara con él por teléfono le acogió cortésmente. Duke le expuso el motivo de su visita.

—En efecto —asintió el policía—. El señor Brandon presentó una denuncia por el robo de su auto, en la noche del diez.

—¿Podría darme algunos datos relativos al suceso?

El sargento buscó una carpeta y después de leer varios documentos explicó:

—El señor Pike Brandon acudió a las nueve menos diez de la noche del diez del corriente al despacho particular del señor Gart Boyle. Dice que necesitaba hablar con él respecto a unos asuntos comerciales; pero el señor Boyle estaba dictando unas cartas y rogó al señor Brandon, con quien tiene gran confianza, que aguardase en la antesala mientras él terminaba el dictado. El señor Brandon estuvo esperando algo más de una hora. Por fin el señor Boyle salió a recibirle y los dos arreglaron el asunto pendiente. A eso de las nueve y media bajaron juntos a la calle y el señor Brandon encontróse con que su auto había desaparecido. Denunció en seguida el robo, viniendo aquí acompañado del señor Boyle, que admitió la verdad de la afirmación de su compañero. El auto había desaparecido y nuestros agentes empezaron en seguida a buscarlo.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Duke.

—No. Y, realmente, ya no confiamos en dar con él. Los autos robados suelen recuperarse en seguida. De lo contrario el ladrón o el comprador del auto robado cambian la pintura, la matrícula y cuantos detalles característicos tiene el coche. Cuando la Policía llega ya no puede descubrirlo, como no sea mediante un penoso y lento examen, y como no se tiene la seguridad de que se esté delante del auto robado, su recuperación es casi imposible, excepto cuando ha sido vendido o revendido. Por entonces es ya tarde para encontrar a los culpables.

—¿Han investigado en las agencias de compra y venta de coches usados?

—Es lo primero que hicimos.

—¿Podría contestar a una pregunta un poco difícil? —inquirió Duke.

—Hágala y veremos —sonrió el sargento.

Duke le tendió la tarjeta de Pellton. El sargento la leyó y miró más respetuosamente a Duke, preguntando:

—¿Trabaja usted para el señor Pellton?

—La señorita ha sido encargada de unas investigaciones. Como usted ya sabe, sin duda, el señor Boyle y el señor Brandon están al servicio del señor Pellton.

—Desde luego.

—¿Podría decirme si el señor Brandon parecía, realmente, haber perdido un auto? El sargento sonrió burlonamente.

—Parecía que hubiese perdido una fábrica de autos. Estaba furioso y, o se trata del mejor comediante que he visto en mi vida, o, de verdad, le tenía fuera de sí que le hubiesen robado. Además, la compañía aseguradora le ha jugado una mala pasada.

—¿Cuál?

—El señor Brandon exigió que le abonaran en seguida el seguro, a fin de poder comprar otro automóvil; pero le replicaron que no le podían pagar antes de treinta días, o sea cuando se hubieran perdido las esperanzas de recuperar el coche. En el contrato faltaba cierta cláusula que cubriese ese detalle. Cuando se hace un seguro hay que estar muy enterado de los detalles técnicos.

—¿Observó si Brandon insistió en que él no había tocado el auto?

—Sí. Dijo que no se había movido de la antesala de su jefe. Éste se encontraba en su despacho dictando.

—¿No había nadie más en la antesala?

—Creo que no.

—O sea que Brandon pudo salir mientras Boyle dictaba y atropellar un perro.

—¿Por qué atropellar un perro? —preguntó el sargento.

—Porque el auto de Brandon atropelló aquella noche a un perro lobo. ¿Qué castigo sufre el motorista que mata a un perro?

—Debe abonar a su dueño el importe del animal. Un perito fija el precio del animal muerto y el dueño del auto debe pagarlo. Además, los propietarios del perro pueden exigir una indemnización mucho mayor, ya que se reconoce que pueden sentir por el perro un cariño tan grande que su muerte pueda representar para ellos, incluso, una enfermedad. Ha habido casos en que se han pagado hasta cinco mil dólares. Y un caso concreto: allá por el año veinte un automovilista atropelló, voluntariamente, al perro de un soldado recién licenciado. El soldado había sido salvado en Francia por su perro, que lo arrastró desde la tierra de nadie hasta la trinchera. Los alemanes hubieran podido impedirlo; pero ninguno disparó sobre el perro ni sobre su dueño. Por lo tanto, éste debía la vida a su fiel amigo. La muerte del perro fue un duro golpe para el veterano, que exigió cincuenta mil dólares de indemnización. El tribunal se los concedió.

—Pero eso no es corriente —comentó Duke.

—No. Las cifras normales de las bonificaciones son entre los cincuenta y trescientos dólares. Y alguna que otra vez, mil. Los casos de más de esa suma son

raros.

Duke dio las gracias al sargento y, utilizando el mismo taxi, dirigióse a casa de Pike Brandon.

Éste se disponía a salir y parecía tener mucha prisa.

—Es sólo un momento —aseguró Duke—. La señorita y yo pertenecemos a una agencia de abogados. Nos han presentado una denuncia contra usted, acusándole de haber atropellado a un perro...

Pike Brandon era más bien bajo, de cara achinada y movimientos muy nerviosos. Al oír la acusación enrojeció, frunciendo luego las cejas.

—¡Yo no he atropellado a ningún perro! —rugió.

—Fue en la noche del diez del corriente, a las llueve menos minutos.

—¿Cómo? No; a esa hora yo no estaba en mi auto. Mejor dicho, seguramente me lo habían robado ya.

—Eso nos han asegurado en jefatura de Policía. Dicen allí que en la noche del diez le robaron a usted su auto.

—Sí.

—En tal caso usted no será responsable del atropello del perro, siempre y cuando pueda demostrarnos que, realmente, no conducía usted el coche.

—¿Qué significa tanto preguntar?

—¿Quiénes son ustedes?

Susana Cortiz abrió el monedero y tendió una de sus tarjetas a Brandon. Éste la examinó un momento y luego replicó:

—Estuve desde poco antes de las ocho hasta las nueve y media en la antesala del despacho de Gart Boyle, mi jefe.

—¿Hablando con él?

—No. Leyendo una novela detectivesca.

—¿A quién se la leía?

—La leía para mí.

—¿Estaba usted solo en la antesala? —preguntó, severamente, Duke.

—¡Claro que estaba solo!

—Entonces tendremos que seguir el proceso. Si estaba usted solo nadie puede demostrar que no salió de la antesala, su coartada pierde todo valor.

—¿Mi coartada? ¿Para qué diablos necesito yo una coartada?

—Para demostrar que no ha asesinado a un perro —dijo Susana.

—¿Asesinar a un perro? ¿Desdén cuándo el matar a un perro se considera un asesinato?

Brandon estaba sumamente furioso.

—Si el Municipio exige a los contribuyentes impuesto para permitirles tener perro, es lógico que los apoye si sus perros sufren algún daño —explicó Duke—. Nuestro cliente le citará judicialmente, a menos que usted se conforme con pagar quinientos dólares. En tal caso olvidaremos el incidente...

—¡Quinientos dólares por un perro! ¡Bah! ¿Están locos? Por ese precio tengo un auto nuevo. Yo no conducía mi coche cuando atropellaron a su maldito perro. Sigán adelante si quieren y vean si descubren quién me robó el coche.

—El denunciante afirma que usted conducía el auto. Le conoce.

—¡Mentira! —rugió Brandon—. Yo no he matado nunca un perro. Además, a la hora en que dicen que ocurrió el atropello yo estaba en casa de mi jefe.

—Puede usted dar la excusa que quiera; pero nuestro cliente se considera muy herido y llevará el caso ante los tribunales. Buenas noches, señor Brandon.

—¡Al diablo! —rugió Brandon, saliendo precipitadamente a la calle.

Duke y Susana descendieron lentamente y volvieron a subir a su taxi.

—¡Vaya genio el de ese hombre! —comentó la muchacha.

—El mal genio es galardón de los hombres menudos.

—¿Cree que atropelló a Rin Tin Tin?

—Creo que no. De lo contrario estaría de acuerdo con el sargento en que ese Brandon es el cómico mayor que ha existido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Susana cuando Duke hubo dado la dirección al chofer.

—A visitar a una dama.

—¿A quién?

—A Rosalind Cromwell. Creo que es conveniente oír lo que tiene que decirnos.

—¿Sospecha de ella?

Duke se encogió de hombros.

—No sospecho de nadie. Pero me alegro de no haber seguido demasiadas pistas. La del perro atropellado nos ha conducido, por fin, al sitio que necesitábamos. Hemos llegado a Pellton y sus servidores y debemos alegrarnos de que yo marcara el ojo de aquel cazador de perros. Fue un golpe de suerte.

—¿Cree que la muerte del perro tiene algo que ver con el asesinato de Terrence Pellton?

—Ahora ya casi salta a la vista que existe alguna relación entre ambos sucesos. Supongamos, por ejemplo, que Pike Brandon tiene un motivo de odio contra Terrence Pellton. Se entera de que el hijo de su jefe superior ha citado en San Bruno a una mujer. Busca la manera de matarle sin comprometerse y, de pronto, al llegar al despacho de Boyle se encuentra con la coartada ideal. Boyle sale a decirle que tendrá que aguardar una hora en tanto que él termina de dictar unas cartas. Como Brandon conoce las costumbres de su jefe inmediato, sabe que Boyle empleará una hora o más en dictar las cartas. Durante ese tiempo no saldrá ni un segundo. En cuanto se cierra la puerta del despacho particular de Boyle, Brandon se pone en pie y sale apresuradamente a la calle, sube a un auto y se dirige a todo gas hacia San Bruno. Sabe que el viaje puede hacerlo en veinticinco minutos. Lleva un revólver y guantes para no dejar huellas. Pone en marcha su coche y se dirige hacia San Bruno. Llega a poca distancia del campo de turismo y dejando el coche con el motor en marcha para

poder regresar en seguida, invierte unos minutos en localizar a Terrence. Al fin, le halla y puede entrar en la caseta con cualquier excusa, ya que Terrence le conoce y tiene plena confianza en él. Brandon aprovecha un momento en que Terrence no le ve y, sin darle tiempo a defenderse, dispara sobre él. El disparo no se oye fuera y Brandon deja el arma junto al cadáver y huye en su auto, regresando con la misma velocidad a San Francisco; pero, al pasar por las mal alumbradas calles del barrio pobre, no puede evitar el atropello de Rin Tin Tin. Es indudable que quiso evitarlo y, en el intento, fue a estrellarse contra un farol. Eso le coloca ante un dilema terrible. Si abandona el auto se expone a que la Policía le interrogue y averigüe su delito. Si sigue en el coche, se expone, también, a que la Policía le detenga por conducir un auto en aquellas condiciones. Si lo deposita en un garaje, tiene que dar una explicación y, en todo momento, tiene que demostrar que estaba fuera del despacho de Boyle y que, por lo tanto, es un posible sospechoso. ¿Qué hace? Muy sencillo y, a la vez, muy ingenioso. Ve una casa por alquilar. Aquella casa tiene un garaje. ¿Quién buscará el auto en aquel garaje? Nadie. Por lo tanto, dirige el coche hacia allí, rompe el candado de la puerta, encierra el auto en el garaje y, dejando la puerta entornada o mal sujeta por el candado, toma un taxi y vuelve al despacho de Boyle a tiempo de poder demostrar que no se ha movido de allí.

Susana miraba llena de admiración a Duke.

—¡Es fantástico! —exclamó—. Tenemos probada ya la culpabilidad de Brandon.

—Aun no —sonrió Duke—. La prueba final nos la debe dar Rosalind Cromwell.

—¿Cree que ella puede decirnos si Brandon salió o no de la oficina de Boyle?

—No, pero en cambio puede decirnos quién le ordenó comprar el candado.

—¿El candado?

—Sí. Brandon dejó su auto en el garaje que, lógicamente, todos creen vacío. Una vez fingido que su coche ha sido robado, tiene que tomar las debidas precauciones para que no encuentren demasiado pronto el auto. Por lo tanto, dando una excusa cualquiera, puede hacer que se adquiera un candado. Debe procurar que ese candado sea adquirido por otra persona. Rosalind Cromwell es la más indicada. Ella compra el candado lo entrega a Brandon y éste cierra la puerta del garaje, dejando en él su auto en espera de que llegue el momento de deshacerse debidamente de él.

—Pero haciendo eso se pone en manos de Rosalind Cromwell. Es un testigo terrible contra él.

Duke no respondió. Permaneció inmóvil unos instantes, como pensativo y, por fin, inclinándose hacia el chófer, le mostró un billete de veinte dólares, a la vez que indicaba:

—No me importa que falte a todas las ordenanzas del tráfico; pero necesito llegar cuanto antes al sitio que le he dicho.

El chófer guardó el billete y pisó el acelerador. Se trataba de un coche nuevo y respondió valientemente al espolazo.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Susana.

—Porque usted me ha hecho comprender una cosa y... temo que haya ocurrido...
¡Debimos haber ido antes a casa de Rosalind!

En aquel instante, y después de una magnífica demostración del arte de conducir y evitar a la Policía, el taxi se detuvo ante una casa cuyo número correspondía al que diera Duke.

Se trataba de uno de esos edificios que, a finales del siglo, se consideraban residencias aristocráticas y que, milagrosamente, resistieron al terremoto de 1906. A pesar de la prueba de solidez que había dado en aquella ocasión, la aristocracia había huido de allí, y ahora, un cartel de «*Se alquilan habitaciones*» veíase junto a la puerta principal.

En respuesta a la llamada de Duke, una mujer gorda y pesada abrió la puerta, quedando frente a los visitantes mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—¿La señorita Cromwell? —preguntó Duke—. ¿Sabe si está en casa?

—No sé —replicó la mujer—. He estado casi toda la tarde fuera y hace un momento que volví. Estaba preparando la cena. Entren al salón y llamaré al timbre...

—No es necesario —interrumpió Duke—. Nos espera. La señorita es su prima. Nos dijo que subiéramos.

La patrona miró a Duke y a Susana como tratando de determinar su respetabilidad. Por fin anunció con un bufido:

—Está bien. Pueden subir. Tercer piso, al fondo a mano izquierda. La última habitación. La número treinta y nueve.

La mujer regresó a su cocina mientras Duke y Susana subían apresuradamente por la escalera.

Localizaron la habitación treinta y nueve y Duke llamó suavemente con los nudillos. Nadie respondió, aunque por debajo de la puerta se filtraba una línea de luz.

Volvieron a llamar.

Duke frunció el entrecejo y miró un momento a Susana. Por fin hizo girar el tirador de la puerta y ésta se abrió sin dificultad.

Duke y Susana entraron en la habitación. Sentada de espaldas a ellos, frente a un coquetón tocador, vieron a una mujer. Estaba en una butaquita y parecía descansar. Su traje era una simple combinación blanca que dejaba al descubierto sus hermosos y blancos hombros. El dorado cabello le desbordaba hacia atrás.

—Me parece que no está como para que la vea ningún caballero —susurró Susana, queriendo cerrar el paso a Duke.

Éste la apartó a un lado y dirigióse hacia la joven.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Susana viendo que Duke apoyaba una mano en el hombro izquierdo de la mujer.

—¿Es que aun no ha comprendido? —preguntó duramente el joven, a la vez que señalaba el espejo que reproducía la imagen de la mujer, cuyo rostro era el que Susana había visto ya en la fotografía entregada por Pellton.

—¡Oh! —gimió la abogada, viendo, por primera vez el puñal que Rosalind

Cromwell tenía hundido en el pecho—. ¡Dios Santo! —Y como temiendo la respuesta a su pregunta, inquirió—: ¿Está muerta?

—Sí. La han asesinado hace un momento. Menos de diez minutos.

—¿Por qué?

Duke rió duramente.

—Porque era la única que podía decirnos quién le encargó que comprara el candado que hallamos en la puerta del garaje. Con ella se hunde todo el edificio que hemos levantado.

—¿No podremos descubrir al asesino?

—De momento, no; pero podremos probar que Julie Givens no debió de ser la culpable. Esto es cosa de un hombre.

—¡Pobre muchacha! ¡Tan joven...!

—Sabía demasiado. El saber demasiado ha costado la vida a muchos. Pero, no perdamos el tiempo. Tenga la bondad de bajar a avisar a la patrona y, además, telefonee a la Policía.

Capítulo 5

Susana Cortiz bajó como una centella las escaleras, y al llegar al primer piso empezó a llamar a la patrona. Cuando llegó a la planta baja la vio aparecer secándose nuevamente las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer, con cara de pocos amigos—. ¿Qué significa tanto escándalo? ¿Es esa manera de bajar?

Sin aliento, Susana limitóse a señalar la escalera, hacia arriba.

La patrona empezó a comprender que era el espanto lo que en realidad desfiguraba el rostro de la joven y empezó a ponerse nerviosa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó casi sin voz.

—Está muerta —jadeó Susana.

—¿Quién? —chilló la dueña de la casa.

—Rosalind Cromwell.

—¡No es posible!

—¡Le digo que sí! La han asesinado.

La patrona echó una mirada a la escalera, como preguntándose si estaba en condiciones de emprender la ascensión. Al fin lanzó un hondo suspiro y emprendió la subida.

Susana empezó a buscar el teléfono y lo encontró al cabo de un par de minutos. Marcó el número de Jefatura, pidió que la pusieran en comunicación con la Brigada de Investigación Criminal y con la mayor serenidad que pudo reunir explicó lo ocurrido.

Cuando terminó de hablar, Susana volvía a ser dueña de sí. Con velocidad que superaba a la desarrollada en la bajada, subió de nuevo al tercer piso, llegando a la puerta del treinta nueve al mismo tiempo que la patrona.

Ésta fue hacia la muerta, y al ver el puñal lanzó un chillido. En seguida, revolvióse contra Duke y preguntó:

—¿Por qué la ha asesinado?

—Por comprar un candado —replicó Duke.

—¿La ha matado usted por eso?

—Yo no la he matado, señora...

—Me llamo Sarah Dilggins. Pero...

—No haga preguntas tontas, señora. Alguien ha asesinado a Rosalind Cromwell. Alguien que estaba bien enterado de todo cuanto hacía. A juzgar por lo caliente que está aún el cuerpo, el crimen se ha cometido hace menos de veinte minutos.

—Sí; unos cinco —gruñó la mujer.

—No, hace cinco minutos estábamos nosotros aquí —declaró Duke.

—Por eso lo digo —replicó la patrona, que, por lo visto, deseaba colocar a la defensiva a Duke y a Susana.

—¿Ha avisado a la Policía? —preguntó Duke, sin hacer caso de la mujer y dirigiéndose a Susana.

Esta asintió con la cabeza, explicando:

—Sí, he llamado a la Brigada de Investigación Criminal.

—Muy bien. Ha hecho perfectamente —volvióse hacia la patrona y explicó, ante el asombro de Susana—: la señorita es mi secretaria.

De nuevo volvióse hacia Susana, y tendiéndole un bloc de notas dijo:

—No la necesitaré más, señorita Cortiz. Como ya no podemos entrevistar a la señorita Cromwell, llévese su cuaderno de taquigrafía y déjelo en el taxi. Luego vuelva a subir a decirme cuánto marca el taxímetro. Quizá sea prudente que despedamos el coche. Si la Policía nos entretiene mucho tendríamos que pagar un dineral.

Indiferentemente, Duke tendió a Susana el cuaderno de taquigrafía que Susana guardó en el monedero, a la vez que reanudaba una vez más el descenso de la escalera.

—No es necesario que vuelva enseguida —advirtió Duke—. Con tal de que llegue antes que la Policía...

Susana regresó al cabo de dos minutos, después de haber escondido en el interior del taxi el cuaderno de taquigrafía.

—Tiene usted una casa muy bonita —decía Duke cuando la joven volvió a entrar en el cuarto.

La señora Dilgins replicó con un bufido y arregló un florero que estaba peligrosamente cerca del borde de una mesita.

—No toque nada —advirtió Duke.

La mujer se volvió bruscamente hacia él y declaró:

—Esta es mi casa. Usted mismo acaba de decirlo. En ella hago lo que me da la gana.

Duke se encogió de hombros.

—Continúe —dijo—, pero no olvide que cada vez que toca algo deja marcadas sus huellas dactilares. Y por cada una de sus huellas dactilares que encuentre la Policía le hará una serie de preguntas...

—¡Mejor! En cuanto me pregunten, les explicaré que ustedes subieron solos y...

Susana empezaba a expresar un poco de miedo, cuando Duke la tranquilizó con esta pregunta:

—Señorita Cortiz: ¿No es cierto que cuando la señora Dilgins nos abrió la puerta jadeaba como un fuelle? Cualquiera hubiese dicho que acababa de bajar del tercer piso... Y se secaba las manos, como si se acabara de lavar la sangre que las había manchado. Y ahora, a sembrando de huellas dactilares todo esto para justificar las que encuentre la Policía. ¡Vaya, vaya! Ha hecho usted muy mal matando de una puñalada a esa simpática joven.

Ahora le correspondió asustarse a la señora Dilgins. Susana aumentó su

inquietud, declarando, muy seria:

—Tiene usted razón, jefe. Recuerdo que me extrañó que jadease tanto.

El miedo y la indignación dejaron sin voz a la señora Dilgins, cosa que, al fin y al cabo, era lo que deseaba Duke, quien la ayudó a sentarse en una silla, pues observó que las piernas empezaban a fallarle.

Antes de que transcurrieran seis minutos más, llegaron los primeros policías, quienes en seguida empezaron a hacer preguntas, a impresionar fotografías, a preguntar a Duke si era cierto que la señora Dilgins era la asesina. La pobre mujer, mareada por tanto grito y confusión; por tanto ruido y tantos fogonazos de lámparas fotográficas, acabó, sin darse cuenta, confesándose autora del crimen, en medio de la hilaridad de los agentes.

Varios de éstos conocían a Duke por haber servido en la Policía de Nueva York y, desde el primer momento, le dieron toda clase de facilidades.

—¿Puede decirnos para qué deseaba ver a Rosalind Cromwell? —preguntó el capitán Parker, jefe de los detectives.

—Sólo deseaba hacerle una pregunta respecto a cierto candado que compró en la ferretería Strong —respondió Duke.

—¿Tiene algo que ver ese candado con el crimen? —inquirió Parker.

—De momento sólo tiene que ver con la muerte de un perro.

—¿Bromea, señor Straley?

—Le digo la verdad. La señorita Cortiz y yo estamos investigando para descubrir quién mató a un perro llamado Rin Tin Tin. Un perro lobo muy hermoso y bautizado con el mismo nombre del famoso perro actor de cine. Creo que hay cien mil *Rin Tin Tines* en el país; pero ése era de los mejores.

—Creo que está bromeando, señor Straley —declaró Parker—. Pero si nos oculta algo comete un error y perjudica a la justicia.

—No le oculto nada importante. Cuando sepa algo le avisaré. No tengo ningún interés en ganar gloria en San Francisco.

Duke volvióse hacia Susana e indicó:

—Vamos, aquí ya no nos necesitan.

Duke cambió un fuerte apretón de manos con el capitán Parker y regresó con Susana al taxi.

—¿Adónde? —preguntó el taxista, que contemplaba amorosamente la veloz marcha del taxímetro.

Duke le dio la dirección de la casa donde estaba encerrado el auto de Brandon.

—Sacaremos el auto y se lo devolveremos a su dueño —indicó Duke—. Es posible que Brandon tenga algo interesante que contarnos.

—Pero Brandon puede ser el asesino de la señorita Cromwell —indicó Susana.

—Es posible. Sin embargo, es muy conveniente tener en cuenta que lo importante no es sospechar acertadamente quién es el culpable de un crimen, sino poderlo demostrar. De nada nos serviría tener la seguridad moral de que Brandon es autor de

la muerte de dos personas y de un perro, si no podemos probarlo.

—¿Cree que el asesinato de la señorita Cromwell tiene algo que ver con el robo del auto?

—No sé; pero el auto tiene que ver con la muerte del perro. Y si en el preciso instante en que empezamos a investigar acerca del auto que mató a Rin Tin Tin nos encontramos con un nuevo asesinato, es muy lógico que supongamos que ese crimen no deja de estar relacionado con el asesinato de Terrence Pellton. No creo que se asesinara a Rosalind Cromwell para impedir que se descubriese el atropello de Rin Tin Tin.

Cuando el auto desembocaba en la calle donde estaba la casa y el garaje, Duke se inclinó vivamente hacia el conductor.

—No se detenga donde le he dicho —indicó—. Siga adelante a velocidad reducida y pase algo cerca de aquel auto.

Frente a la casa se veía detenido un potente coche. Estaba colocado de forma que los faros iluminaban la puerta del garaje, y junto a dicha puerta un hombre se esforzaba por abrir el candado.

Cuando el taxi pasó frente a la casa, Duke y Susana pudieron ver cómo el desconocido, hombre alto y fuerte, tiraba ferozmente la llave al suelo. En seguida, sin más vacilación dirigióse hacia el pasadizo que comunicaba con la parte trasera del garaje.

—Va en busca de la barra de hierro que utilicé —susurró Duke.

En aquel instante el taxi pasó junto al auto y el potente reflejo de la luz de los faros permitió ver quienes iban dentro del coche.

Los ocupantes eran un hombre con el sombrero calado hasta los ojos y el cuello del gabán subido hasta la nariz y una mujer rubia y joven, la misma que unos minutos antes Susana había visto con el cuello atravesado por un puñal.

¡Era Rosalind Cromwell!

Capítulo 6

—¡Dios mío! —gimió Susana—. ¡Pero si es...!

No pudo terminar y necesitó apoyarse fuertemente en el brazo de Duke. Éste la sostuvo, murmurando:

—Ya le dije que esto no era ninguna broma.

—¡Pero si estaba muerta!

—Y puede que lo esté.

—¿Cree que han robado el cadáver?

—No era ningún cadáver. Sonreía y estaba más viva que usted.

—¡No es posible! Eso va contra todas las leyes de la lógica...

—Quizá no estaba muerta... quizá aquellos policías no eran policías...

—¿Quiénes estaban con ella? —murmuró, casi sin voz, Susana.

—No he perdido verlos... Chófer, deténgase a la vuelta de la esquina.

El taxi se detuvo y Duke saltó al suelo. Susana quiso seguirle, pero el joven la contuvo.

—No —dijo—. Debo ir solo. Puede que sea necesario luchar.

Había empuñado el viejo Colt que le regalara Samuel Leví y, con el pulgar en el percusor, deslizóse pegado a la pared hasta alcanzar de nuevo la esquina. Desde allí oteó hacia el garaje.

El hombre había reaparecido con la barra de hierro que unas horas antes Duke utilizara para forzar el candado. En aquellos momentos estaba forcejeando, y al cabo de unos minutos logró romper el candado.

Sudoroso fue a quitarse el sombrero; pero antes de que Duke pudiera verle el rostro, se apagaron los faros del coche y todo quedó en profundas tinieblas.

Sin encender ninguna luz, el hombre entró en el garaje y hasta Duke llegó el ruido característico del abrirse de una portezuela. Luego comenzó a zumbar el motor y, por último el auto empezó a salir del garaje.

El otro coche se apartó para dejar salir al de Brandon. Este vehículo se movía torpemente, obligando a su conductor a hacer grandes esfuerzos por mantenerlo en línea recta. Por fin logró colocarse detrás del que aguardaba en la calle y su conductor saltó apresuradamente al suelo, sacó una cuerda del interior del coche donde iba Rosalind Cromwell. En un par de minutos el auto de Brandon quedó sujeto al otro y, remolcado por éste, se alejó a velocidad reducida, pasando junto al taxi donde esperaba Susana, quién de nuevo volvió a ver a la muchacha muerta, que hablaba animadamente con el conductor del primer auto.

Duke anotó rápidamente la matrícula de dicho automóvil y antes de volver junto a Susana entró en una farmacia próxima y llamó al Departamento de Tráfico. Antes de dos minutos sabía quién era el propietario del auto que había ido a remolcar al que mató a Rin Tin Tin.

Entonces regresó al taxi y ordenó al chofer:

—Llévenos a un sitio donde podamos cenar bien y pronto.

Poco después, el coche los dejaba frente al «*Dorado*», uno de los más antiguos y mejores restaurantes de San Francisco, ciudad que se ha caracterizado siempre por ser la que posee los mejores restaurantes del mundo.

Durante todo el camino, Duke había permanecido silencioso. Mentalmente repasaba los acontecimientos de las últimas horas y una lucecita empezaba a brillar ante sus ojos, aclarando el hasta entonces confuso camino.

Sentado a la mesa del «*Dorado*», frente a Susana, que aún no había conseguido dominar el temblor de sus manos, provocado por el recuerdo de la revivida muerte.

—Creo que todo está ya bien claro —declaró, de pronto, Duke—. Las cosas han ido muy de prisa, señorita Cortiz.

—¿De veras? —preguntó la joven.

—Sí, muy de prisa. ¿Es usted de familia española?

—Mejicana. Mi bisabuelo fue español, pero la familia de mi bisabuelo vivía en Méjico desde los tiempos de la conquista.

—No parece usted norteamericana. Mi madre también era española. Mi segundo apellido es Pozoblanco.

—Dice todo eso para hacerme olvidar lo que he visto, ¿verdad? —preguntó Susana.

—Es posible —rió Duke—. Lástima que usted no sepa taquigrafía. Podríamos leer algo muy interesante.

—Sé taquigrafía —replicó Susana—. La estudié a fondo y gané un primer premio tomando, íntegro, un discurso retransmitido por la radio.

Duke sacó del bolsillo el cuaderno de taquigrafía que entregara a Susana, haciendo ver que pertenecía a la joven.

—Veamos si descifra esto —dijo.

Pero antes de entregar el cuaderno lo hojeó, comentando:

—Sólo aparecen dos cartas escritas. Ocupan dos hojas del cuaderno. Muy extraño, ¿no?

—¿Por qué es extraño? —preguntó Susana.

—¿No cree que si durante una hora le estuvieran dictando, usted llenaría algo más de dos y hasta de cuatro hojas?

—Claro. Pero...

—Este es el cuaderno de taquigrafía de Rosalind Cromwell. Lo encontré en su habitación y quise leerlo; pero el sistema que empleaba la señorita Cromwell no es el mismo que el estudiado por mí en Nueva York. Sin duda es sólo corriente en la costa del Pacífico.

—En efecto —asintió Susana.

—Aunque no esperaba que usted pudiera leer lo escrito en él, decidí guardar el cuaderno, pues en seguida advertí una discrepancia. Algo que no está de acuerdo con

ciertas declaraciones.

—¿Cuáles?

—Recuerda que según declaración de Boyle y de Brandon, éste fue a visitar a su jefe, quien le dijo que aguardase en la antesala mientras él terminaba de dictar unas cartas urgentes.

—Es verdad.

—Pero, aunque Rosalind Cromwell no hubiera hecho durante todo el día nada más que copiar aquellas cartas, que durante una hora le estuvo dictando Boyle, forzosamente tendríamos más de dos hojas llenas.

—Es verdad.

—Examine las cartas. Verá que la fecha está escrita con escritura normal. Las son del día nueve. La primera va dirigida al Banco de San Francisco. La otra... Lea usted misma.

Susana tomó el cuaderno y leyó lo que su compañero le indicaba.

—¡Dios Santo! —exclamó—. ¡Va dirigida a Julie Givens!

—En efecto. ¿Puede leer lo que dice?

—Sí, no creo que me cueste mucho.

Susana leyó un momento en silencio, y luego, en voz alta, empezó:

«Distinguida señorita Givens: Hemos observado que al extenderle el cheque número 12 438 se cometió un involuntario error que deseamos subsanar en beneficio de usted. Por ello le regamos que... a la mayor brevedad se sirva pasar por estas oficinas, a fin de rectificar nuestro error y entregarle la diferencia entre lo cobrado por usted y lo que en realidad debió recibir. Aprovecho esta ocasión para quedar su más atento, etc».

—¿Nada más? —preguntó Duke.

—No, nada más.

Duke apoyó la frente en la mano y quedó así durante varios minutos.

—Sí —murmuró al fin—. Todo está claro. ¿Podemos ir a ver a Julie Givens?

—Es un poco tarde...

—No importa. Sólo necesito hablar con ella un momento.

Antes de salir del «Dorado», Duke llamó por teléfono a Jefatura de Policía y pidió hablar con el capitán Parker.

—Sí, soy Duke Straley —dijo cuando Parker respondió a su llamada—. ¿Puede conseguirme un permiso para que hable en seguida con Julie Givens?

—¿A estas horas?

—Sí. Es importante.

—¿Qué ha descubierto?

—Aun no puedo decirle nada; pero tengo la seguridad de que será usted quien, ante el público, habrá resuelto el misterio.

—¿Tiene pruebas?

—Sólo circunstanciales. Por sí solas no prueban nada.

—Entonces...

—Pero unidas a otros detalles significarán mucho. Desde luego, ya sé quién asesinó a Terrence Pellton y a Rosalind Cromwell.

—¿Quién es?

—El mismo que atropelló a Rin Tin Tin, el perro lobo.

—Si no dice más...

—De momento no puedo ser más explícito. Procure verme esta misma noche. Es necesario que sea testigo de una conversación telefónica. De esa conversación saldrá la solución del misterio, que se llevará a cabo de una manera tan prudente que el señor Pellton tendrá un gran placer en hacer que usted sea ascendido en agradecimiento a la poca publicidad que se dará al caso.

—No entiendo nada; pero le aguardo en la cárcel.

* * *

Duke y Susana dirigiéronse a toda velocidad allí, y a los pocos momentos de llegar eran introducidos en la celda de Julie Givens.

Era ésta una mujer que en su juventud debió de ser muy hermosa; pero la prematura vejez había ajado de tal modo su rostro, que sin borrar totalmente el recuerdo de una belleza ya pasada, la transformaban en una mezcla de decepciones, amargura y derrota, es decir, en un pasado difícil y tormentoso.

Duke y Parker acompañaron a Susana. La joven, instruida debidamente por Duke, inició en seguida el interrogatorio.

—Señorita Givens; necesito que sea usted franca con nosotros. El señor Straley y el señor Parker están dispuestos a prestarle toda su ayuda; pero es necesario que usted nos preste, también, la suya. Creo que no es usted culpable del crimen de que la acusan. El señor Ryles, mi ayudante, también cree en su inocencia. Él es quien me ha ayudado a descubrir algunas pruebas favorables a usted. El señor Parker tiene gran influencia en el Cuerpo de Policía y podrá hacer que lleven a cabo, con la mayor reserva, todas las investigaciones necesarias.

Julie Givens dirigió una mirada de cansancio a la joven.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Que me diga toda la verdad.

—¿Qué verdad?

—Sólo la verdad. ¿Cuáles son sus relaciones con Pike Brandon?

—No le conozco.

—¿Está segura?

—Segurísima. No sé quién es.

—¿Me dice la verdad? Piense que está en juego su vida.

—Es verdad.

Susana fingió una gran decepción. Luego, como intentando otra prueba, inquirió:

—¿Puede decirme si conoce a Gart Boyle?

—Le conozco.

—¡Ah! ¿Le conoce?

—Sí.

Susana hizo como si no esperase esta respuesta. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Son ustedes amigos?

Julie Givens movió tristemente la cabeza.

—No. No lo somos en el sentido que usted quiere indicar. El señor Boyle es un hombre muy bueno.

—La ayuda monetariamente, ¿verdad? —preguntó Duke.

—Sí. Me pasa veinticinco dólares semanales.

—¿A qué se debe esa ayuda de cien dólares mensuales?

Julie Givens inclinó la cabeza.

—En otros tiempos yo no era así —dijo—. El señor Boyle me profesaba una gran admiración. Es tan bueno que la ha conservado hasta ahora y me ayuda...

—Le pagaba esas sumas por medio de cheques, ¿verdad?

Duke hizo la pregunta como si no diera importancia alguna a la respuesta.

—Sí —contestó Julie—. Cheques de cinco, diez y quince dólares. Yo los endosaba y él me daba el dinero de su bolsillo para que no tuviera que ir al Banco.

—¿Figuraba usted como empleada del señor Boyle?

—Sí. Decía que me tenía en la nómina de empleados como encargada de la limpieza. Era una manera de justificar su ayuda. Ya sé que no me daba el dinero de su propio bolsillo pero... no le perjudico, ¿verdad?

—No, no le perjudica —aseguró Duke—. Él mismo nos ha dicho que el día nueve le escribió una carta citándola en su despacho. La recibió, ¿no es cierto?

—Sí; pero la rompí antes de detenerme la Policía.

—¿Por qué? —inquirió Parker.

—Porque no quería perjudicarlo.

—Eso no le hubiera perjudicado. El señor Boyle nos ha encargado que le transmitamos sus saludos. ¿Sabía usted que trabajaba para el señor Pellton?

—Sí.

—Por eso, cuando el señor Terrence Pellton le envió la carta, usted pidió consejo al señor Boyle, ¿no?

—Sí.

—Y él, para ayudarla, le aconsejó que fuese a ver al señor Pellton y se ganara los quinientos dólares.

—Sí.

Julie Givens respondía maquinalmente y su mirada se hacía cada vez más vaga. De pronto, murmuró:

—Tengo mucho sueño. Si no les importa, me tenderé a descansar... Todas estas noches las he pasado sin dormir...

Julie se tendió lentamente en el camastro y sus visitantes se apresuraron a salir, abandonando la cárcel.

* * *

Al llegar a la calle, Parker miró interrogadoramente a Duke.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó.

—Telefonar a un conocido nuestro —replicó Duke—. Vayamos a un sitio donde usted pueda oír la conversación.

Volvieron a entrar en la cárcel y fueron a la centralita telefónica, desde cuya cabina y mientras Parker escuchaba por medio del otro teléfono, Duke llamó a casa de Brandon.

—Buenas noches, señor Brandon —dijo—. Soy el señor Straley. ¿Me recuerda? Esta tarde hablé con usted respecto a su auto.

—¿Qué quiere?

—Ya le dije que sólo representábamos a nuestros clientes en lo del atropello del perro. Acabo de recibir una información según la cual usted no pudo permanecer todo el rato en la antesala del despacho de Gart Boyle.

—¿Por qué no pude estar allí?

—Por la sencilla razón de que alguien salió a buscarle y no le encontró.

—¡Eh!

—Sí, no le encontró.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Una persona a quien usted conoce. Nos ha recomendado que acudiéramos a la Policía y ha prometido apoyar nuestra reclamación. Si usted está dispuesto a desembolsar cinco mil dólares no seguiremos adelante, pero de lo contrario presentaremos la reclamación y quizá se pronuncie el nombre de San Bruno.

—¿Representa usted a la señorita Cortiz?

—Somos socios en ese trabajo.

—Entonces vaya a verme dentro de una hora al número trescientos nueve de la calle de Carson.

—Yo no podré ir; pero la señorita Cortiz se presentará a esa hora. Espero que nos entenderemos.

—Seguramente. Buenas noches.

Duke salió de la cabina y Susana y Parker acudieron a él.

—¿Qué pretende? —preguntó el Policía.

—Poner en peligro a la señorita Cortiz y hacer que el asesino se ponga por sí mismo en nuestras manos.

—¿Quiere qué vaya la señorita Cortiz porque supone que no se atreverá a hacer daño a otra mujer? —preguntó Parker—. No me parece un asesino muy escrupuloso. Aun no comprendo como no ha intentado nada contra esa Julie Givens...

Duke cogió, de pronto, el brazo de Parker.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡Qué loco he sido! ¡Aquel sueño...! ¡Pronto, corramos a la celda de esa mujer! ¡Que avisen a un médico! ¿Lo hay en la cárcel?

—Sí; pero ¿qué teme?

—Capitán, ¿no recuerda que en la mesita de junto al camastro había una cajita, de bombones?

—Sí; pero... ¿qué sospecha?

—Pues que el sueño no era natural. ¡Pronto!

Mientras la celadora abría la puerta de la celda llegó un médico, quien entró junto con los dos hombres. Arrodillóse en seguida junto al camastro y trató de despertar a Julie Givens.

Ésta permaneció inmóvil. El médico se inclinó más sobre la durmiente y le levantó los párpados, examinando la pupila.

Se puso inmediatamente en pie, y abriendo el estuche que traía preparó una inyección, que aplicó a la mujer. Durante unos segundos esperó, inútilmente, una reacción.

Volvióse luego hacia Duke y Parker y movió negativamente la cabeza.

—Creo que no hay salvación.

—¿Envenenamiento?

—Sí. Creo que se ha utilizado veronal. Sin duda una dosis muy grande y casi puro. ¿Suicidio?

Duke recogió de encima de la mesita la caja de bombones. Sólo contenía tres.

—Creo que es un asesinato y que se ha utilizado una caja de bombones. La pobre mujer se ha dado mucha prisa en comerlos. Haga analizar el contenido de los bombones y, si es posible, sálvela.

—Tendremos que trasladarla a una clínica mejor dotada de instrumental que nuestra enfermería.

—¿Existen posibilidades de salvación? —preguntó Duke.

—Ninguna. Sólo un milagro...

—Pues bien, si realizan el milagro, usted y los médicos que intervengan en él recibirán cincuenta mil dólares, además de pagar los gastos que se originen.

Mientras hablaba, Duke sacó un talonario de cheques y extendió uno por sesenta mil dólares, entregándolo al médico.

—Aquí está el dinero —dijo—. Espero que harán el milagro.

El doctor quedó un momento como atontado y, por fin, vacilante, guardó el cheque y corrió a dar las oportunas órdenes.

Mientras se dirigían hacia la salida de la cárcel, Parker preguntó:

—¿Sigues aún pensando en enviar a esa muchacha a casa de esos asesinos?

—Sí. Además, sólo sospechamos que son asesinos. Muerta Rosalind Cromwell, nadie podrá probar nada. Y si muere Julie Givens aun, podremos probar menos cosas.

—Tenemos su declaración...

—Hecha mientras estaba bajo los efectos del veronal. No creo que ningún jurado pueda aceptarla como buena. Hemos de exponernos, hay que tender un cebo al tigre para que salga de entre la espesura. Entonces llegará el momento de disparar sobre él.

—¿De disparar?

—Sí, capitán. A los tigres se les caza muertos. Si se defienden salvajemente demuestran que son tigres. De lo contrario siempre nos quedaría la sospecha de que no eran tigres, sino gatos grandes.

—Entonces... la lucha será a muerte.

—Sí.

Y Duke sacó el Colt del 45.

—Un arma un poco vieja; pero siempre eficaz —siguió—. Bala pesada capaz de detener con su empuje al tigre más feroz...

—Siempre y cuando el pulso no tiemble.

—Eso es. Si el pulso no tiembla el tigre caerá.

—¿Y no sería conveniente que treinta o cuarenta de mis hombres rodearan la casa?

—Podría resultar conveniente que estuvieran lo bastante cerca para llegar a tiempo si el tigre es demasiado feroz; pero no olvide que demasiados rastreadores podrían espantar la caza.

—Tal vez fuese preferible espantarla antes que exponer a sus zarpazos a una mujer...

—Yo también entraré en la casa, mas por otro sitio —sonrió Duke.

—¿No sospecharán?

—Son demasiado inteligentes. Confían mucho en esa inteligencia suya y eso les hará cometer grandes errores. Por eso, a pesar de todo resulta más fácil cazar tigres que zorros. Quien confía demasiado en sí mismo está expuesto a caer en el lazo más torpe.

Capítulo 7

La casa trescientos nueve de la calle de Carson era de dos pisos y planta baja. También había resistido al terremoto y al incendio, lo cual hacía pensar que la cosa no fue tan terrible como afirman los que lo vieron. De piedra gris, grandes ventanas cubiertas por oscuras persianas, a través de las cuales se filtraba un poco de luz del interior, presentaba un aspecto acogedor, caliente, de casa amable y ansiosa de visitas. No había en ella ninguno de esos sellos característicos de las casas de misterio, donde se cometen crímenes espantosos al compás de la tormenta que hace batir alguna contraventana.

Susana había recibido las últimas instrucciones de Duke. Éste la vio dirigirse hacia la casa, y volviéndose hacia Parker, a quien acompañaban unos quince hombres repartidos por los portales próximos, advirtió:

—Yo entraré en la casa tan pronto como se cierre la puerta.

Al hablar jugueteaba significativamente con unas varillas de acero dentadas de distintas formas. Eran útiles de robo, con los cuales una mano diestra podía abrir cualquier puerta.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Parker.

—Perteneció a Houdini, el mago. Con estos instrumentos realizó muchas de sus grandes hazañas. Pagué por ellos veinte mil dólares y lo consideré una ganga. Houdini, antes de morir, dio orden de que fueran destruidos; pero alguien los salvó, y como no se atrevía a utilizarlos, me los vendió. Ya ha oído lo que dije a Susana, si nos encontramos en peligro, procuraremos gritar o romper alguna ventana. Entonces carguen contra la puerta y acudan en nuestra ayuda.

En aquel instante, Susana llegó a la puerta y pulsó el timbre. Con el corazón latiéndole en la garganta, aguardó, temiendo y deseando, a la vez, que abrieran la puerta y comenzase la acción.

Fue el propio Pike Brandon quien acudió a abrir.

—Buenas noches, señorita Cortiz —saludó.

—Buenas noches.

Brandon se hizo a un lado y la joven entró en la casa. Entre la puerta de la calle y la que daba al vestíbulo se abría una especie de vestíbulo más reducido que, al cerrarse la puerta de la calle quedó en densa oscuridad.

Susana sintió, súbitamente, que el terror se abalanzaba sobre ella, aferrándola con sus invisibles garras. Oyó cerrarse la puerta y luego el suave resbalar de la cerradura y el retirar de la llave. La huida hacia el exterior quedaba cortada.

Con un estremecimiento sintió pasar junto a ella a Brandon, que abrió la puerta que daba al iluminado vestíbulo. Susana cruzó el umbral y la luz devolvióle algo del valor por un momento perdido.

—¿Deseaba verme a mí? —preguntó Brandon.

—No creo que sea de usted esta casa.

—No, es de mi jefe. Del señor Boyle. La está esperando.

—Perfectamente.

—¿No le extraña?

—No. Suponía que había alguien detrás de usted, y nadie mejor que su jefe. Al fin y al cabo él probaba su coartada y usted la de él.

—Entonces, ¿por qué me dijo que el señor Boyle me había hecho traición?

—Para oír lo que usted replicaba.

—¿Escuchó la conversación que sosteníamos su amigo y yo?

—Sí.

—¿Qué persigue Duke?

—Al asesino de Rin Tin Tin.

—¿Sólo?

—De momento sólo a él.

—Acompañeme. El señor Boyle quiere hablar con usted.

—Le advierto que si dentro de una hora la Policía no tiene noticias mías... acudirán a buscarme aquí.

—Lo creo. Estábamos seguros de que tomaría usted esa precaución y por ello hemos montado un servicio de vigilancia en todas las comisarías y en Jefatura. Sabemos que la Policía no tiene orden de hacer nada de cuanto usted dice. Nuestro servicio de información es perfecto. Suba por esa escalera y exponga sus condiciones al señor Boyle.

—¿Trabajan juntos?

—Sí. ¿Por qué?

—Será muy emocionante verles morir juntos en la cámara del gas. Podrán explicarse mutuamente si el morir ahogado por esos vapores tóxicos es más agradable que la electricidad o la cuerda de cáñamo.

—Según como usted podrá comprobar, algo por el estilo. El cuchillo es un elemento de muerte tan antiguo que, sin duda debe de tener muchas ventajas sobre los demás, desde el instante en que ha perdurado hasta nuestros días.

—Rosalind Cromwell sabe algo de eso, ¿no?

—Quizá —sonrió duramente Brandon, empujando a Susana hacia la escalera—. El jefe la aguarda. Lo encontrará en la habitación que queda frente al último tramo de la escalera.

Susana subió hasta mitad de la escalera y entonces se volvió, mirando hacia abajo y viendo a Brandon que la seguía con la mirada. Volviéndose reanudó la marcha y fue a llamar a la puerta que le había sido indicada.

—Adelante —ordenó una voz.

Susana abrió la puerta y entró en un amplio y lujoso despacho. Al otro lado de una pesada mesa vio al inconfundible Gart Boyle.

Súbitamente comprendió que el hombre a quien había visto abrir el garaje era el

mismo que tenía delante.

—¿Qué desea usted, señorita Cortiz? —preguntó.

—He venido a hablar con el señor Brandon...

—Puede hacerlo conmigo. ¿De qué se trata?

—Preferiría hablar con el señor Brandon —insistió Susana.

Frunciendo el entrecejo Boyle insistió:

—Puede hablar conmigo.

—Ya le he dicho que prefiero hacerlo con el señor Brandon. Se trata del atropello de un perro.

—Entonces hable conmigo. El señor Brandon no sabe nada de eso.

—El atropello fue cometido por su auto.

—Pero no lo guiaba él —declaró Boyle.

—¿Pues quién lo guiaba?

—Yo.

—Entonces ¿mató usted a Rin Tin Tin?

—¿Se refiere al perro lobo?

—Sí.

—Lo maté yo.

—¿Y mató también a Terrence Pellton?

—También.

—¿Y a Rosalind Cromwell?

—A ella no la maté yo.

En aquel momento abrióse la puerta y Susana comprendió que Brandon había entrado en la estancia. Una carcajada llegó hasta ella.

—Por lo visto la señorita sabe muchas cosas —dijo Brandon.

Susana volvióse hacia él y, de pronto, comprendió que todo estaba perdido. Aquellos hombres estaban muy seguros de ellos mismos y habían tomado las necesarias precauciones para que todo intento de rescate fallara.

—Examina lo que lleva en ese monedero que parece una cartera de cobrador de tranvía —ordenó Boyle.

Brandon arrancó el bolso de Susana y lo abrió, tirando sobre la mesa el revólver y el cuaderno de taquigrafía. Al mismo tiempo que guardaba el revólver en uno de los cajones, Boyle se precipitaba encima del cuaderno. La alegría iluminó su semblante.

—¡Imbéciles! —exclamó, soltando una victoriosa carcajada—. ¡Imbéciles! Me entregan la única prueba que existía contra mí.

Abrió nerviosamente el cuaderno y examinó las hojas escritas. En seguida las arrancó y, haciendo pedazos el cuaderno, lo arrojó al fuego junto con las dos primeras hojas. La estancia se llenó del olor a papel quemado, mientras el abatimiento y la derrota se pintaban en el rostro de Susana.

—Muchas gracias, señorita Cortiz —dijo Boyle—. Ese cuaderno era lo único que nos faltaba para borrar todas las huellas que podios acusarnos.

—¿Y el auto? —Logró preguntar la joven.

—En el fondo de la bahía. Jamás será encontrado. Los labios de Rosalind Cromwell no podrán decir la verdad y los de Julie Givens están cerrados para siempre. Sólo nos falta a su amigo Duke. Dentro de unos instantes procurará entrar en esta casa. Seguramente tratará de hacerlo por alguna ventana, o quizá por la puerta. Ese detalle carece de verdadera importancia. Lo cierto es que, entre por donde entre, se hallará con un inesperado recibimiento. Ya que ha hablado de Rin Tin Tin, le diré que yo también tengo un perro que se llama así; pero es tan salvaje y feroz, que no podemos tenerlo suelto por la casa, pues destroza a todo aquel que se pone en su cansino Creo que ahora está suelto, ¿verdad, Brandon?

—Sí, jefe.

—Me lo estoy imaginando corriendo de un lado a otro del pasillo o disponiéndose a saltar sobre su amigo Duke Straley, quien hallará la muerte al intentar meterse en una casa ajena, muerte muy justa, ya que la Ley concede a toda persona honrada derecho a defender su hogar como lo crea más conveniente.

Susana sintió oprimírsele el corazón. Aquellos enemigos eran más peligrosos y más astutos de lo que Duke había previsto.

Volviéndose vivamente, la joven quiso alcanzar la puerta; pero el brazo izquierdo de Brandon le rodeó el cuello y la obligó a quedar inmóvil.

Permaneció así unos instantes y, de pronto, se oyó en la planta baja un feroz ladrido.

Por un momento Susana sintió que la presión contra su cuello cesaba. Aprovechando la pausa, pisó con toda sus fuerzas el pie derecho de Brandon, que la soltó lanzando un grito de dolor.

Cuando iba a lanzarse de nuevo contra Susana, Boyle dijo:

—No importa. Puede estar suelta.

Había empuñado el revólver de Susana y apuntaba con él a la muchacha.

—Baja a ver la que sucede. En cuanto Rin Tin Tin haya destrozado a nuestro amigo procura encerrar al animal. Puedes, incluso, matarlo. Eso nos justificará. Podemos decir que se ha hecho lo posible por salvar la vida de ese hombre. ¿Llevas tu pistola?

Por toda respuesta Brandon mostró una Colt automática del nueve largo y abandonó la estancia, cerrando tras él la puerta. Boyle escuchó sus pasos y cuando se apagaron miró sonriente a Susana.

—Mala suerte, señorita —dijo—. Quisieron roer un hueso demasiado duro. Llevo muchos años dedicado a hacer frente a enemigos peligrosos. Nada me pilla desprevenido...

Sin embargo la reacción de Susana le cogió enteramente desprevenido. De un felino salto la joven habíase lanzado sobre la máquina de escribir colocada sobre una mesita inmediata a la mesa de trabajo.

Levantando en alto la pesada máquina corrió hacia la ventana.

—¡Quieta! —ordenó Boyle—. ¡Quieta o disparo!

Levantó el percusor, esperando que el ruido contuviera a Susana, pero la muchacha siguió su carrera y, con toda su fuerza, lanzó la máquina contra el cristal.

La pesada *Underwood* atravesó el cristal y la fuerte persiana con un violento estrépito, al que se unieron tres detonaciones casi instantáneas.

Pero los disparos no contuvieron a Susana Cortiz. Dando media vuelta se precipitó hacia la mesa y agarró un pesado tintero de cristal.

Boyle disparó dos veces más antes de darse cuenta de que el motivo de que Susana no cayese muerta o herida no era que los disparos fallasen, sino que los cartuchos disparados no contenían bala alguna.

¡Eran cápsulas de fogeo que había proporcionado el capitán Parker!

El último e inútil disparo coincidió con el estrellarse del tintero contra el brazo de Boyle. Fue un movimiento instintivo por parte de Boyle, quien si se salvó de caer sin sentido, no pudo, en cambio, evitar que la tinta le inundara el rostro.

Medio cegado por, ella conservó, no obstante, la necesaria serenidad para lanzarse a los pies de Susana y derribarla por tierra cuando la joven estaba a punto de cruzar el umbral del despacho. En seguida la volvió a arrastrar hacia dentro y luego llevó la mano derecha hacia la culata de la pistola que guardaba en una funda sobaquera.

Cuando el arma salió de su funda, Susana, con el traje hecho jirones, saltó hacia la protección que podía ofrecerle la mesa de despacho. Sonaron dos disparos y Susana comprendió que seguía viva y no herida porque podía moverse y no sintió ningún golpe. En cambio se dio cuenta, por el característico ruido de la madera astillada, que la pistola de Boyle no disparaba cápsulas de fogeo sino plomo blindado con níquel.

En el suelo Susana vio una jarra termos, de las usadas para conservar fresca el agua. Era un objeto pesado debido, sobre todo, a su funda de bronce. Un veloz movimiento lanzó la jarra por encima de la mesa hacia donde debía de estar Boyle.

Éste lanzó una maldición, exclamando:

—¡Maldita leona!

Un momento después Susana se dio cuenta de que Boyle estaba de pie junto a la mesa y que se inclinaba para ver dónde ella estaba.

Fueron unos momentos de silencio en el despacho que permitieron oír algo de lo que ocurría en el resto de la casa. Un aullido feroz quedó cortado por un plañidero alarido; luego sonaron, casi a la vez, dos disparos, en tanto que en la calle se oían sonar los silbatos de la Policía.

Susana comprendió que Boyle necesitaba salir en seguida de allí y que no podía dejarla viva tras él. Esta seguridad le hizo sentir como si la hubieran vaciado por dentro, especialmente por el estómago, donde sólo notaba un hueco muy grande.

La mano de Boyle apareció por el borde de la mesa. Iba armada de una pistola automática del 45, cuyo enorme cañón parecía mirar en busca de una víctima propiciatoria.

Susana no quería ser esa víctima y su mano derecha se lanzó a apresar la muñeca de Boyle. Éste esquivó a tiempo y antes de que la muchacha pudiera retirar la mano, el hombre descargó contra ella un salvaje golpe con el cañón del arma.

La sangre reflujo del herido miembro, y Susana tuvo la impresión de que su mano habíase convertido en una esponja. Un dolor de agonía la llenó haciendo que por un momento perdiese la noción de las cosas.

En medio de aquella niebla Susana vio como Boyle se colocaba frente a ella y sin prisas se disponía a disparar la pistola.

Luego una detonación resonó en el despacho.

Capítulo 8

Susana permaneció inmóvil. Estaba muerta. Aunque no había sentido nada, era imposible que no estuviese muerta. Sólo cuando Gart Boyle se desplomó de bruces y la pistola que había empuñado fue a caer junto a Susana, ésta comprendió que no era ella sino Boyle quien había recibido el balazo.

Segura de encontrarse ante Duke, miró hacia la puerta y lanzó un grito de espanto.

De pie en el umbral, con la boca abierta, como horrorizada por lo que había hecho, estaba Rosalind Cromwell, cuya mano derecha empuñaba una humeante pistola automática.

¡Era la muerta resucitada! ¿Dónde estaba la herida? Susana miró el hermoso cuello de la aparición y no vio ninguna cicatriz en él.

—¡Lo he matado! —susurró la mujer—. Se lo merecía.

—Gracias por su intervención —dijo Susana.

Y casi sin miedo, preguntó:

—¿Es usted Rosalind Cromwell?

—Sí, yo soy —replicó la mujer, dejando caer la pistola.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Susana, procurando arreglar los desperfectos de su ropa.

—Me tenían presa; pero conseguí escapar y encontré una pistola en un armario. Estaba cargada... soy buena tiradora...

—Ya lo he visto —asintió Susana—; pero no comprendo...

En aquel momento apareció Duke. Empuñaba el viejo revólver y su rostro expresaba el mayor de los temores. Al ver a Susana corrió hacia ella y sin darse cuenta de lo que estaba haciendo la estrechó contra su pecho, mientras la joven rompía en convulsivos sollozos. El capitán Parker los encontró así cuando, unos segundos después, entró en el despacho.

Por un momento pensó en hacer unas preguntas; pero dejándolo para luego fue a inclinarse sobre Gart Boyle, cuya muerte comprobó.

—¿Ha sido usted, Duke? —preguntó.

El millonario apartó a Susana y dirigió una mirada a Rosalind Cromwell. Los ojos de ésta expresaban un profundo horror.

—Sí —dijo—. Llegué a tiempo de salvar a la señorita Cortiz.

Parker miró a Duke y a Rosalind y comprendió.

—Desde luego —murmuró—. Fue usted. Sólo un gran tirador sería capaz de haber acertado tan bien.

En seguida llevó fuera de la habitación a Rosalind y la hizo entrar en otra de las contiguas, dejándola con Susana.

—Es preferible que no digan nada —dijo a Duke—. Entre las dos se calmarán los

nervios.

—Sí; las mujeres se consuelan muy bien mutuamente.

—¿Puede explicarme lo ocurrido? —preguntó Parker.

—Entré en la casa sin muchas dificultades —dijo Duke, mientras recorría con la mirada el desorden del despacho—. Cuando penetré en el vestíbulo oí la inconfundible carga de un perro de gran tamaño. Era un lobo que debía pesar sesenta kilos y que al verme lanzó un rugido que me impresionó bastante. Por fortuna tenía en la mano este revólver y, empuñándolo por el cañón, lo descargué como una maza contra la cabeza del animal.

—Fue un buen golpe —dijo Parker—. Quedó muerto en el acto.

—Sí. Lo lamento, pues era un perro fiel que no sabía que estaba luchando por una mala causa.

—¿Qué ocurrió luego?

—Apenas el animal hubo caído a mis pies, vi llegar a Brandon. Traía una pistola automática y mucha prisa por matarme. Disparó y me obligó a frenarle sus ansias de acabar conmigo.

—Ya lo encontramos con el pecho atravesado de parte a parte.

—Sí. Mientras subía al despacho oí tantos tiros que tuve la desagradable seguridad de que no hallaría ni un trozo de Susana. Aún no comprendo cómo está viva.

—Recuerde que parte de los disparos fueron hechos con pólvora sola.

—Si; pero vea esa mesa. Más de una bala ha penetrado en ella.

En aquel momento llegaron los demás policías. Parker dio unas cuantas órdenes y luego comunicó con el jefe de Policía. Cuando llegaron los periodistas, el capitán salió a su encuentro, explicando:

—Desde el principio sospechamos que el asesino de Terrence Pellton fue Pike Brandon. Necesitábamos una pista y al fin dimos con ella; pero resultaba tan débil que sólo existía una forma de llegar a la solución: conseguir que Boyle, incitador al crimen, destruyera la coartada que ofrecía a su cómplice. Como los dos se apoyaban, dijimos a Brandon que Boyle había confesado que él era el único culpable. Entonces Brandon vino a esta casa dispuesto a matar a su jefe. Le asesinó y, cuando iba a escapar, el señor Straley y yo le dimos muerte.

Los periodistas quisieron más detalles, pero el capitán se limitó a prometerles que se los daría después de hablar con el señor Pellton, recordándoles que no debían precipitarse en la publicación de sus reportajes, pues Samuel Pellton podría resentirse si se daba demasiada publicidad al asunto.

—¿Y la muerte de Rosalind Cromwell? —preguntó un periodista.

—Rosalind Cromwell está viva —dijo Parker—. De momento no puedo explicarles nada más.

—¿Y la chica muerta?

—No puedo decirles nada más por ahora.

—Pero nuestra primera edición... protestó un periodista.

—Publíquenla en la segunda —replicó Parker—. Así el público comprará las dos.

—¿Podemos decir que Rosalind Cromwell está viva?

—Sí.

Y Parker empujó hacia la puerta a los reporteros, después de prometerles no revelar a nadie la verdad del que prometía ser uno de los más apasionantes sucesos acaecidos en San Francisco.

Capítulo 9

Comenzaba a amanecer. A través de los cristales del amplio ventanal veíase a San Francisco envuelto por la niebla. Las luces del despacho brillaban con menos intensidad y Samuel Pellton parecía haber envejecido veinte años en pocas horas.

Frente a él se sentaban Susana Cortiz, Duke Straley, el capitán Parker y Rosalind Cromwell.

—La explicación, es muy sencilla —decía Duke—. Gart Boyle era un hombre mucho más inteligente de lo que usted sospechó jamás. El sistema de espionaje organizado por él en las oficinas públicas funcionaba casi gratuitamente. No era el dinero, sino el chantaje lo que permitía que la complicada máquina marchara sin tropiezos. Si en algún momento era necesario pagar dinero, se trataba de sumas pequeñas, nunca de cantidades superiores a los mil dólares. Sin embargo, él tenía una cuenta de gastos que bordeada el medio millón anual. ¿No es cierto?

Samuel Pellton asintió con la cabeza.

—Algunos años gastó más de un millón —dijo.

—Boyle procuraba sacar un gran beneficio de lo muy útiles que sus servicios le resultaban a usted. Sabía que usted no llegaría a pagarle más de lo que ya le daba, y por ello procuraba obtener de usted sumas mucho mayores que nominalmente se pagaban a una persona y, en realidad, iban a parar a los bolsillos de Boyle. Acostumbrado a esas fabulosas cifras, Boyle gastó la mayor parte de su dinero en llevar una vida de lujo y disipación. Al fin, llegó un momento en que creyéndose al borde de la riqueza comenzó a notar que en realidad estaba al borde del precipicio. Usted tenía pendiente un contrato municipal que le reportaría diez millones. ¿No es así?

Pellton movió afirmativamente la cabeza.

—Boyle iba a obtener el récord de sus beneficios. Un millón de dólares que fingiría pagar a un intermediario para la consecución del contrato.

Duke consultó algunas de las notas que había tomado durante el registro en la casa de Boyle y siguió:

—Todo marchaba viento en popa para él cuando, inesperadamente, Terrence Pellton entró en escena. De momento Boyle creyó que el muchacho sería tan fácil de manejar como usted; pero resultó muy honrado y al enterarse del negocio en trámite indicó que reduciendo en un millón el presupuesto se podría conseguir igualmente la concesión. Boyle procuró convencerle y Terrence fingió que se dejaba engañar, pero continuó sus pesquisas hasta dar con Julie Givens.

—¿Cómo está esa mujer? —preguntó Pellton.

—Fuera de peligro —dijo Duke—. Prometí un premio fabuloso si la salvaban y parece que lo han conseguido. Aun tardará un par de días en poder hablar a la Policía, pero sabemos casi exactamente cuanto dirá.

—¿Cuál es su papel en este asunto? —preguntó Pellton.

—Muy inocente. Julie Givens fue, en otros tiempos, una mujer alegre. Hoy es una desdichada. Boyle necesitaba una mujer así. La engañó fingiendo que en otros tiempos la había adorado y prometió pasarle una pensión, fingiendo que le daba un empleo en su oficina. Para ello le extendía cheques por cinco dólares, diciendo que el pago de los empleados se hacía siempre por medio de cheques. Entonces pedía a Julie que firmase en el reverso, endosando el cheque y le entregaba, de su bolsillo, los cinco dólares. A continuación acababa de llenar el cheque, agregando un mil al cinco, y enviaba el cheque al Banco, demostrando así que había pagado a Julie Givens, supuesta delegada de otras personas que no deseaban comprometerse, la suma de cinco mil dólares. Lo mismo hacía cuando los cheques eran de diez, veinte, cincuenta y hasta cien dólares. Usted no podía extrañar las precauciones que tomaba su secretario, y, como veía los efectos de sus pagos, nunca pensó que la administración municipal era, en sus partes altas, mucho más honrada de lo que podía suponer. El juego siguió así durante mucho tiempo; mas, al fin, Terrence descubrió la verdad y citó a Julie Givens en San Bruno, ofreciéndole una suma de dinero. Quería que la mujer le explicase toda la verdad y poder así desenmascarar ante usted a Boyle. Pero su hijo era demasiado joven. No pensó cuál debía ser la reacción lógica de Julie Givens, quien, inocentemente, comunicó a Boyle la cita dada por Terrence, pensando, tal vez, que su secretario estaba enterado de ella. La noticia aterró a Boyle, sobre todo cuando debió de confirmarla interrogando a la señorita Cromwell. ¿No es cierto que la sonsacó a usted?

Rosalind Cromwell asintió con la cabeza.

—Sí. Me dictó una carta para Julie Givens y mientras lo hacía comentó que dicha señora recibía muchas cartas. Habló como si supiera que el señor Terrence me había dictado una carta para ella. Yo, sin desconfiar, le dije que, en efecto, el señor Terrence había dictado una carta para la señorita Givens. Él me recomendó que no repitiera a nadie aquello, pues se estaba tratando de un asunto muy importante.

—La señorita Cromwell estaba demasiado acostumbrada a los asuntos de esta casa, para extrañarse de semejante advertencia —siguió Duke—. Mientras tanto Boyle planeó el crimen y para ello citó a su ayudante Brandon, haciéndole esperar en la antesala. Dio a Rosalind Cromwell un trabajo cualquiera y dijo que salía un momento. Lo hizo por una puerta excusada, llegando a la calle y subiendo al coche de Brandon, en el que partió velozmente hacia San Bruno. Llegó a tiempo y encontró sin dificultad la caseta donde esperaba Terrence. Llamó a la puerta y en cuanto estuvo dentro de la caseta disparó contra Terrence, matándolo en el acto. Dejó la pistola utilizada, en la cual no había dejado ninguna huella dactilar. En seguida escapó hacia San Francisco y todo hubiera ido bien de no cruzarse en su camino el infortunado Rin Tin Tin, a quien atropelló sin poderlo evitar; pero despistándose y yendo a chocar contra un farol, contra el cual se destrozó una de las ruedas delanteras del auto. El accidente no podía resultar más desagradable. Si se detenía veíase obligado a dar

explicaciones de su presencia allí. Se le relacionaría con el asesinato y nadie podría salvarle. Entonces decidió seguir su camino en busca de un lugar donde esconder el auto. El azar le hizo ver la casa deshabitada y pensó que ningún escondite mejor que el que podía proporcionarle el garaje de aquella casa. Dirigió hacia allí el auto, forzó el candado que cerraba las puertas y depositó el auto en el interior, luego cerró como pudo y, en un taxi, volvió a su despacho, entrando por donde había salido y justificando con cualquier excusa su ausencia. Sólo tenía que hacerlo ante Rosalind Cromwell, pues Brandon no sospechaba nada. Cuando Brandon y Boyle salieron de la casa, el primero se encontró con que su auto había desaparecido. Como es lógico, creyó que le había sido robado y, en compañía de Boyle, fue a denunciar el robo del coche. Pensando en que necesitaba cerrar mejor la puerta del garaje, Boyle encargó a Brandon que comprase un candado bien fuerte; pero Brandon, a su vez, traspasó el encargo a la señorita Cromwell, quien el día diez compró el candado, entregándolo a Brandon. Éste lo dio a Boyle, quien corrió a cerrar bien el garaje. La señorita Cromwell empezó a sospechar algo, sobre todo al enterarse del asesinato de Terrence y de la identidad de la supuesta asesina. Guardaba en su cuaderno la carta que Boyle dictó para Julie Givens y, además, la prueba de que era falso lo de que durante una hora le hubiera estado dictando. Al entrar la señorita Cortiz en escena e interrogar a Brandon, éste, que también sospechaba algo, avisó a su jefe, uniendo, entonces, los dos sus fortunas, lo cual fue una torpeza por parte de Brandon, aunque tal vez lo hiciera para salvarse de alguna amenaza de Boyle, quien sin duda tenía pruebas graves contra él. La primera medida a tomar debía ser la eliminación de la señorita Cromwell.

Al llegar aquí, Duke volvióse hacia la joven secretaria y dijo:

—Si esto le resulta demasiado penoso puede usted retirarse.

—No, prefiero oírlo todo —respondió la muchacha.

Duke continuó:

—Brandon se dirigió a casa de la señorita Cromwell, después de haber citado a Brandon para que fuera a buscarle allí. Subió al piso de su secretaria, abrió la puerta y viendo a una mujer que era la viva imagen de Rosalind Cromwell, la asesinó, huyendo enseguida y llevándose, un momento después la más terrible de las sorpresas al ver a la propia Rosalind entrando en la casa. De momento creyó hallarse ante un fantasma; pero al oír la voz de la joven comprendió que había cometido un error y que la asesinada no era su secretaria.

Volviéndose hacia Rosalind Duke pidió:

—¿Puede repetirnos su declaración de hace un rato?

La secretaria asintió con la cabeza.

—Al ver al señor Boyle pregunté si me había ido a buscar. Me respondió que sí, y que me necesitaba para un asunto urgente. Le acompañé al auto, en el cual esperaba ya el señor Brandon y mientras nos dirigíamos hacia los muelles, el señor Boyle me preguntó si yo tenía una hermana gemela. Le contesté que no, pero que Margaret se

parecía tanto a mí, que mucha gente nos creía gemelas.

Duke dio las gracias a la joven y siguió:

—Boyle comprendió que había asesinado a la hermana y, como ya no tenía remedio, decidió seguir la farsa, llevar a la señorita Cromwell hasta su casa y allí deshacerse de ella. Antes retiró del garaje el auto de Brandon, sin sospechar que la señorita Cortiz y yo le estábamos espiando. Antes de dirigirse a su casa tiró el auto a la bahía, creyendo borrar una prueba. Entretanto, nosotros apretábamos el cerco y sabíamos ya casi toda la verdad. No llegamos a tiempo de impedir que Boyle enviara los bombones envenenados a Julie Givens, de quien también necesitaba deshacerse; pero en cambio pudimos ponerla a tiempo en manos de un médico. Llamé a Brandon y dejé que nos tendieran una trampa, en la cual fingió caer la señorita Cortiz, que ha dado muestras de un valor muy grande. Sabiendo que le registrarían el bolso, dejamos en él el cuaderno de taquigrafía que tanto necesitaba Boyle. Además, como la señorita Cortiz tenía permiso de armas y llevaba siempre encima un revólver, sustituimos los cartuchos por cápsulas de fogueo, suponiendo que si Boyle intentaba algo contra la señorita Cortiz lo haría con el arma propiedad de la víctima, a fin de fingir un suicidio o un accidente. Al verse en peligro, la señorita Cortiz tiró por la ventana una máquina de escribir, avisando así a la Policía, que aguardaba en la calle. Boyle debió de llevarse una desagradable sorpresa al ver que sus disparos no hacían mella alguna en la señorita Cortiz, y sólo un inesperado accidente impidió que la señorita Cortiz escapase del despacho. Durante varios minutos estuvo esquivando a Boyle; pero al fin hubiera caído asesinada si el capitán Parker no hubiese llegado a tiempo de matar a Boyle.

Rosalind Cromwell respiró más aliviada al ver que, definitivamente, se la libraba de la publicidad de haber sido ella quien mató a aquel hombre.

—Entretanto yo había entrado en la casa —siguió Duke—, y me vi obligado a matar a un feroz perro lobo y a un no menos feroz Brandon.

—¿Es eso todo? —preguntó Pellton:

—Sí. Ahora sólo queda dejar en libertad a Julie Givens.

—¿Sobre quién recaerán las culpas? —preguntó el financiero.

—Hemos creído que debían recaer sobre Brandon y que Boyle intentó denunciarle. Entonces Brandon le mató y, a su vez, fue muerto por el capitán Parker —dijo Duke.

—¿Creen que podrá arreglarse así?

—Desde luego —asintió Parker—. Es la mejor forma de evitar la publicidad. Muerto el culpable, el asunto termina sin necesidad de más investigaciones. Creo que es preferible no remover más tierra.

—En efecto —asintió Pellton—. No se ganaría nada.

Volvióse hacia Rosalind Cromwell y declaró:

—Lamento infinito la muerte de su hermana. Disponga de mí en cuanto le sea necesario.

Rosalind se levantó y abandonó el despacho; Parker la siguió, deseando consolarla en lo posible. Al fin y al cabo el capitán era un hombre joven y Rosalind era, además de joven, muy atractiva.

—Ahora quedamos nosotros —dijo Pellton, mirando a Susana Cortiz y a Duke—. Creo que debo extenderles unos cheques. Yo me encargo del pago de todo cuanto haga referencia a Julie Givens. Le abonaré lo que haya usted gastado. Y a usted, señorita, Cortiz, le entregaré los cincuenta mil dólares prometidos. ¿Qué gastos ha hecho?

—No tienen importancia —murmuró Susana—. Algo en taxi, que pagó el señor Straley, y un traje nuevo.

—Se olvida de nuestros amiguitos los detectives —sonrió Duke—. Sin su ayuda no habiéramos conseguido nada.

—¡Es verdad! —exclamó, Susana—. El señor Straley los sobornó con caramelos, con trajes de vaqueros y con no sé qué más.

—¿A cuanto asciende todo junto? —preguntó Pellton—. ¿Cree, señor Straley, que con treinta mil queda todo cubierto?

—Sí. Podré comprar unos cuantos perros y regalarlos a los chiquillos. La pista nos la dio Rin Tin Tin, el perro atropellado. Debemos abonar a su dueño una buena cantidad y darle otro perro lobo.

Pellton extendió y firmó los cheques y los pasó a Duke Straley. Este guardó dos de ellos y pasó el otro a Susana, quien quiso rechazarlo, pero se contuvo ante el gesto de Duke.

El sol brillaba ya a través de la niebla. De la calle llegaban los primeros rumores del despertar de la gran ciudad. Samuel Pellton se levantó y rodeando la mesa fue a estrechar la mano de Duke.

—Le estoy muy agradecido —dijo—. Durante muchos años he creído ser un canalla. Ahora, gracias a usted, comprendo que puedo seguir mi vida porque no he cometido ninguna de las malas acciones que sospechaba. De hoy en adelante trabajaré para mi nieto y le legaré un apellido honrado.

Duke estrechó con fuerza la mano del financiero, que los acompañó hasta la puerta, donde quedó inmóvil, con la mirada perdida en algún recuerdo.

Capítulo 10

Duke y Susana desayunaron en un restaurante callejero que había sido uno de los primeros en abrir sus puertas. Tomaron café muy fuerte y bollos.

—¿No quiere volver a su casa a descansar? —preguntó Duke.

Susana movió negativamente la cabeza.

—No. He perdido el sueño para muchas noches. Demasiadas emociones juntas. ¡Ah! No puedo aceptar el dinero que me dio el señor Pellton. Usted es quien me ha sacado del atolladero...

—La escena final estuvo a cargo de usted, y por cierto que salió de ella muy bien. No quiero aceptar nada. Gracias a usted he pasado veinticuatro horas muy divertidas.

Pagó la cuenta y salieron del restaurante.

—¿A dónde vamos? —preguntó Susana.

—A ver a nuestros detectives. Merecen el premio que les tengo reservado.

Dirigiéronse al barrio y, con gran asombro, apenas entraron en él vieron llegar a uno de los vaqueros, que, cuadrándose ante Duke, anunció:

—¡El culpable ha sido apresado, mi general!

—Es verdad —asintió Duke, creyendo responder a una pregunta.

Lo que dijo a continuación el chiquillo empezó a asustarle.

—Lo tenemos bien seguro en un sótano esperando que usted le interrogue. Hizo mucha resistencia pero, al fin, le vencimos. Si se niega a confesar le daremos tormento.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Duke.

—Sígame. Le llevaré frente al traidor.

El muchacho echó a andar, seguido por Duke, que no estaba muy tranquilo.

Llegaron a una casa en la que se anunciaba el alquiler de unos sótanos y descendieron por una sucia escalera, llena de polvo y de papeles. Se cruzaron con varios vaqueros y, por fin, llegaron al sótano, que estaba lleno de viejas cajas de embalaje, detrás de un montón de ellas vieron a un hombre sentado contra un pilar y amarrado con cordeles de toda clase. Un sucísimo pañuelo hacía las veces de mordaza.

—¿Quién es? —preguntó Susana:

—No sé —musitó Duke—. Creo que es una complicación.

El cautivo era un hombre de unos cincuenta años, bajo, gordo, vestido con un traje que debió de ser claro, pero que acusaba claramente las huellas de las renegridas manos de sus captores.

—¿Dónde lo encontrasteis? —preguntó Duke, observando los detalles que indicaban la buena posición social del preso.

—Estaba espiando el garaje y sin duda se llevó el auto —dijo el jefe de la pandilla—. No quiere decirnos qué hizo con él. Lo tenemos preso desde ayer noche.

Duke se inclinó sobre el preso y con la ayuda de un cuchillo, a cuya vista, los ojos del hombre se dilataron de horror, cortó las cuerdas y la mordaza.

Al verse al fin libre el hombre recobró el ánimo y su indignación estalló arrolladora.

—¡Supongo que me explicará usted lo que significa este atropello! —gritó.

—Se trata de una lamentable confusión. Le ruego perdone a los muchachos...

—¡No perdono a nadie! —chilló el hombre, sacudiéndose el polvo—. Usted responderá del atropello... Toda la noche me han tenido aquí entre el polvo y las ratas. Se me ha vejado...

—¿Quién es usted? —interrumpió Duke.

—Me llamo Martín, pertenezco a los Servicios de Limpieza Pública del Ayuntamiento...

—¡Ah! —sonrió Duke—. Creo recordar su nombre. Martín... Usted es enemigo de Pellton... ¿No es cierto?

—Eso no le importa.

—Creo que se engaña usted, señor Martín —atajó Susana—. El señor es arrendatario del garaje en cuyo interior usted fue sorprendido. Tiene derecho a pegarle un tiro por allanador de morada. Dele las gracias por no haberlo hecho.

—Aún puedo hacerlo —declaró Duke, sacando el pistolón que le regalara el judío.

Martín retrocedió, asustado, hasta que las cajas le impidieron ir más atrás.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—No haré nada si usted reconoce de su puño y letra que penetró indebidamente en el garaje del señor Straley, donde fue sorprendido por los guardianes del mismo.

—¡Me niego! —gritó Martín.

—En ese caso tendrá usted que matarlo, señor Straley —sonrió Susana.

Duke amartilló el arma y Martín se apresuró a prometer todo cuanto quisieran aquellos locos, pues estaba ya casi seguro de que si salía con vida de allí sería milagrosamente.

Extendió la declaración y cuando iba a salir en dirección a la escalera, Duke le contuvo.

Martín vaciló un momento y Duke, para animarle, anunció:

—Esta madrugada la Policía ha dado muerte a Pike Brandon, quien, a su vez, había asesinado a Gart Boyle. Estaban relacionados con el asesinato de Terrence Pellton.

—¿Es verdad eso? —preguntó Martín.

—Sí.

—¿Ha descubierto la verdad de quién mató al hijo de Pellton?

—Sí.

—Pues eso era lo que yo trataba de demostrar —replicó Martín—. Supe que habían visto a Boyle en el camino de San Bruno la noche del crimen y, después de

muchas pesquisas, llegué aquí. Encontré el garaje vacío y los chiquillos se me echaron encima...

—Les ruego los perdone.

—¡Ya lo creo! —aseguró Martín—. Boyle era un bandido. Me tenía cogido por un chantaje y... ahora ya estoy libre.

—Y puede marcharse cuando quiera.

Martin salió apresuradamente del sótano y enseguida Duke reunió a los muchachos, hizo llamar a los ausentes y, seguido por todos ellos, marchó al depósito municipal de perros recogidos en la calle.

—Vengo a comprar cuarenta perros de los que tienen aquí —anunció al asombrado funcionario que lo recibió—. Le pagaré la matrícula de ocho años para cada uno de los perros.

Tres horas más tarde las perreras estaban vacías y cada uno de los chiquillos tenía su perro.

—¿Qué dirán en sus casas? —preguntó Susana cuando salieron con los alegres perros y sus amos.

—Seguramente querrán echarlos de nuevo a la calle; pero el sótano donde han tenido preso a Martín me parece un sitio ideal para guardar en él a los animales. Se lo alquilaré por algún tiempo.

—Es usted muy extraño —murmuró Susana—. No le creí tan sentimental.

—Lo soy mucho y no me avergüenzo de ello.

—Hay hombres a quienes les da vergüenza demostrar sensibilidad. Creen que eso les hace parecer débiles. Tampoco hay muchos a quienes les gusten tanto los niños como a usted.

—Hasta ahora no me habían gustado —sonrió Duke—; pero desde que se casó mi hermana... empiezo a creer que me gustaría tener una familia.

—La familia es lo más hermoso del mundo —susurró la joven—. Si alguna vez quiere conocer a la mía... vivo cerca de Ocean Beach y del parque...

—Prefiero acompañarla hasta su casa, y conocer así la ciudad.

Duke se sorprendió a sí mismo al pronunciar estas palabras y, mucho, más, al ver cómo las había interpretado Susana, que replicó:

—Sí, es preferible. Tomará una taza de té. Le presentará a mis padres... son muy simpáticos.

—Estoy seguro de que me lo parecerán.

Y aunque la primavera aún no había llegado, Duke sintió que el cielo y la tierra le sonreían a pesar de la niebla y que el sol brillaba cegadoramente. San Francisco se le aparecía digno de su fama de ciudad cautivadora, de patria de mujeres hermosas y de verdadero paraíso de eterna primavera. Sobre todo de esto último.

FIN